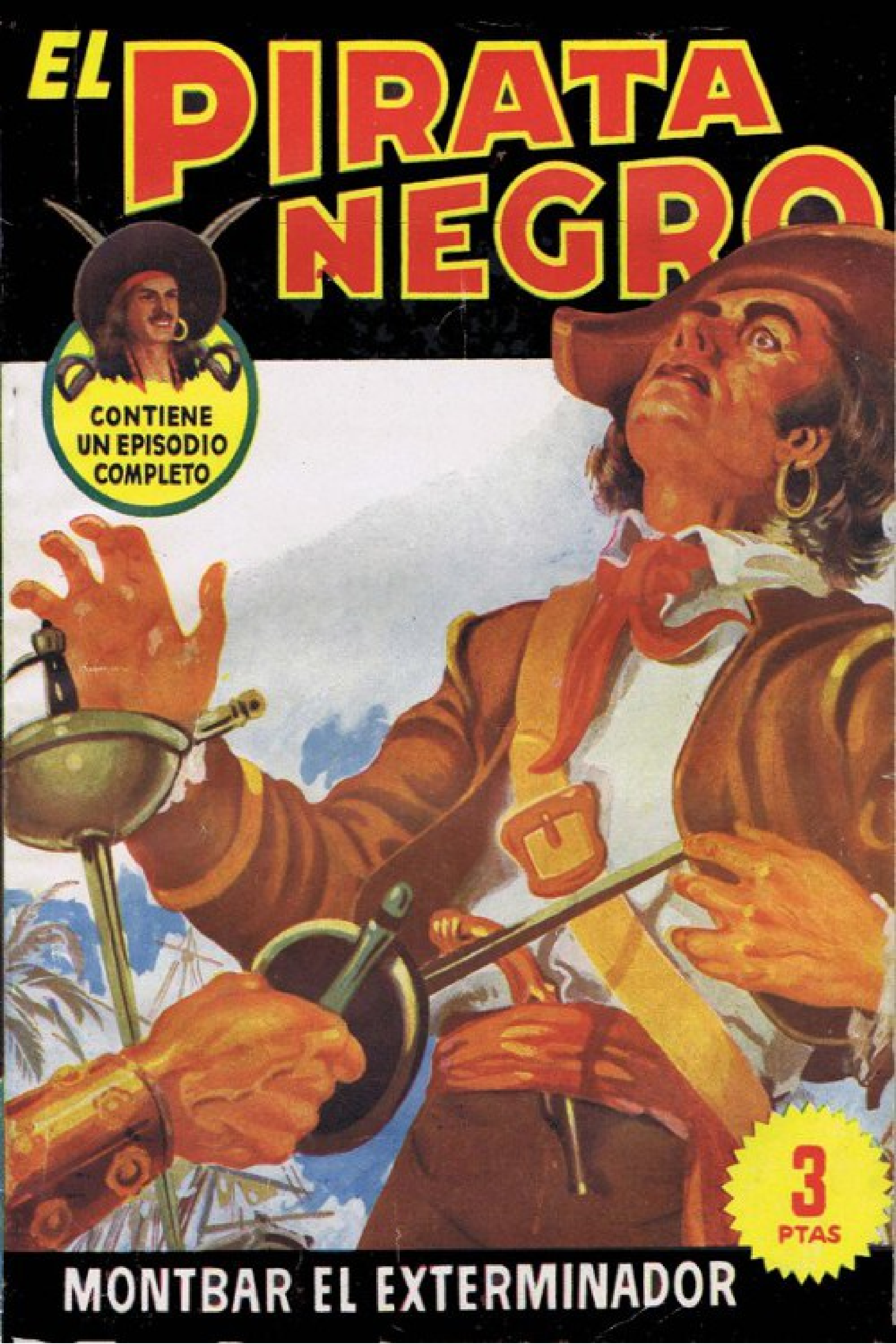
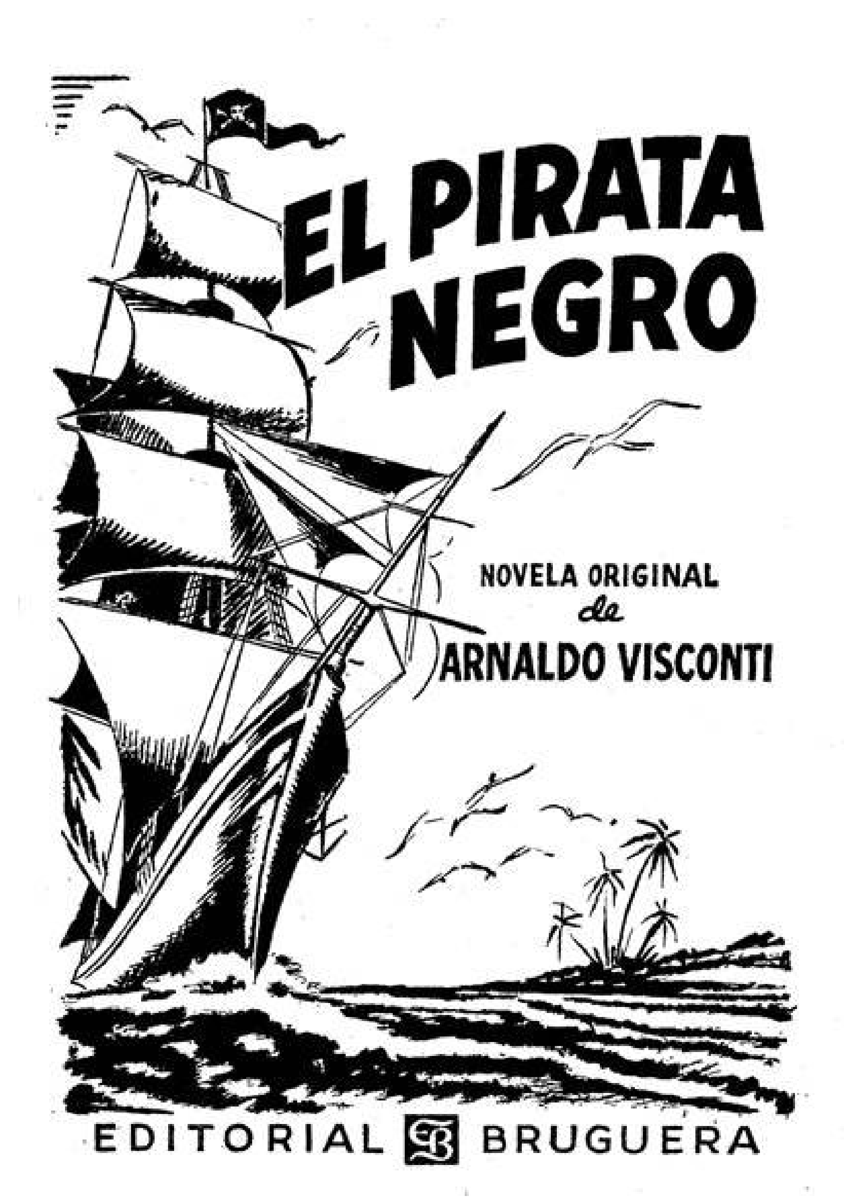

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3 PTAS
MONTBAR EL EXTERMINADOR



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Montbar el exterminador

Colección El Pirata Negro n.° 18

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


MONTBAR
El exterminador

CAPÍTULO PRIMERO

El caballero ejemplar

Una soleada mañana de abril del año de gracia del 1704, en el poco frecuentado puerto de Thornhope, situado al extremo occidental de la isla de Jamaica, vino a recalar una goleta de escaso tonelaje y velamen corcusido.

Era el barco inglés que cada tres meses anclaba en Thornhope en una de las escalas de su periplo de correíllo entre las islas británicas de las Antillas.

La población civil que en escaso número habitaba el puerto y ciudad de Thornhope, consideraba como una de sus principales diversiones el apiñarse en el muelle, en las raras ocasiones en que un buque inmovilizaba su quilla en el pequeño puerto.

La flema británica de los naturales de Thornhope no les permitió exteriorizar su sorpresa cuando vieron descender a un apuesto caballero que en su brazo derecho sostenía amorosamente una criaturita que no contaría más allá de unos meses.

Pero la llegada de aquel viajero que manifestaba su intención de permanecer en Thornhope, por cuanto entró en la sala residencial del comandante militar del puerto donde aún seguía cuando el correíllo zarpó de nuevo, sirvió aquel día de comentario en las conversaciones rutinarias.

—¿Quién sería el distinguido viajero de rica prestancia y extraños ojos fascinantes, tachonados de toques violetas en el verde intenso de las pupilas?

¿Quién sería la niña que con tanto mimo sostenía contra su pecho?

Ambas preguntas las contestó cumplidamente por la noche el teniente de las Fuerzas Reales, Percy Harrows, saciando con

abundancia de detalles la curiosidad de cuantos le preguntaron.

Y el probo funcionario militar no tuvo inconveniente en añadir que se consideraba honrado “con la naciente amistad que el caballero ejemplar le había inspirado”.

Su relato minucioso permitió a todos los oyentes rememorar lo ocurrido como si lo hubieran presenciado....

Percy Harrows no esperaba aquella mañana más visita procedente de la nave correíllo que la sempiterna entrega por un factor de la valija, conteniendo algunas cartas, instrucciones selladas, y la importante relación, redactada por un pendolista, de las novedades y hechos acaecidos en las tierras británicas de Ultramar.

Por eso, Percy Harrows sintióse gratamente sorprendido, cuando un distinguido caballero, con naturales ademanes de cortesano y hombre bien nacido, entró al marcharse el factor, y descubriéndose se presentó.

—Tengo el honor de saludaros, señor teniente. Soy Liam Montbar, irlandés por nacimiento y francés por madre.

—Dignaos sentaros, caballero. Me llamo Percy Harrows y Su Graciosa Majestad Británica por delegación en el Excelentísimo Señor Residente, ha tenido la benevolencia de designarme como comandante militar de la ciudad y puerto de Thornhope. ¿En qué puedo serviros?

—Yo he de ser vuestro servidor, ya que con vuestro beneplácito tengo intención de permanecer cierto tiempo en Thornhope. Es no sólo mi deber ante vuestro rango militar, sino una atención que gustoso cumpliré, el poneros en antecedentes de los hechos que me han traído a esta ciudad. Por mi matrimonio con una dama francesa, emparentada con la nobleza, residía yo en París, viviendo plenamente dichoso y sin la menor incidencia en mi monótona existencia, ya que por misericordioso designio de la Providencia, nací en familia pudiente y a la muerte de mis padres, heredé una fortuna que me permitió el ocioso disfrute comedido de los honestos placeres de una buena mesa compartida con excelentes relaciones sociales. De vez en cuando emprendía con mi esposa algunos viajes artísticos por Inglaterra e Italia. Era yo un hombre feliz. Si vos queréis, era un ocioso haragán insulso, ya que para vos, hombre de armas, la vida sin peligros es considerada casi como despreciable.

—Cada uno de nosotros, caballero —replicó Harrows amablemente— cumple con su deber, desde la escala social en que se halle. Si lo tenéis a bien, proseguid vuestro relato, caballero.

Percy Harrows estaba intrigadísimo desde la entrada de Liam Montbar por la visión del hatillo de ropas blancas y sonrosadas carnes que yacía adormilado en el regazo del irlandés.

Pero habría sido una gravísima falta al decoro, el que manifestara, con preguntas la intensa curiosidad que le dominaba.

—Como os decía, señor teniente, era yo un hombre dichoso, libre de toda preocupación y acogí con el gran alborozo que fácilmente supondréis la noticia de que por fin iba a ser padre. Hace cuatro meses nació mi hija... y la inocente criatura, al dar su primer vagido, borró en parte el triste estertor de muerte de su madre.

Liam Montbar acarició lentamente la pequeña cabecita envuelta en un gorrito de encajes. Sabía ostentar el aspecto del hombre que valerosamente domina la exteriorización de su hondo dolor, y esto le granjeó una mirada de simpatía del militar inglés.

—Creedme si os digo, que entonces todos los rincones por donde con mi esposa había paseado, todas las comarcas que antaño recorrimos felices, se me antojaron a la muerte de ella vivas expresiones gráficas de la buena esposa que había perdido para siempre. Realicé la venta de mis propiedades, y decidí embarcar partiendo lejos de las tierras donde, sin ella, siempre hallaría motivo de renovarse mi dolor. Y tengo un deber ineludible, que es el de no dejarme avasallar por la desdicha, y velar por el futuro bienestar de esta tierna criaturilla. Elegiré un lugar como éste, apacible y alejado de deberes sociales, viviré sólo para educar a mi hijita, rodeándola de todas las comodidades que mi posición afortunadamente me permita darle. ¿Sabéis, señor teniente, de alguna casa en venta, con servidumbre honrada y apta?

Percy Harrows tardó un instante en replicar, porque si su buena fe y su rectitud eran sus preclaras virtudes, en cambio no se distinguía por la holgura de su agilidad cerebral.

—He estado pensando unos segundos en vuestro caso especial, caballero Montbar. Mientras adquirís la casa, la mandáis acondicionar y contratáis la servidumbre, deberíais alojaros en un mesón, y con vuestra hijita, no os lo recomiendo. He pensado en la viuda Plump, una excelente señora intachable, que vive con su

sobrina en la mejor mansión de todo Thornhope. Desde que murieron sucesivamente su esposo, un bizarro marino, y su hermano, la viuda Plump no emplea para nada las vastas habitaciones del piso alto de su casa. Naturalmente, es riquísima, y no necesita ni querría vender la propiedad de la porción deshabitada de su casa. Pero creo que habría un arreglo. Vos, ¿no conocéis a la viuda Plump?

Llam Montbar replicó que no tenía ese honor, y en parte era cierto, puesto que no conocía personalmente a la dama en cuestión. Pero si estaba en aquellos momentos ante el teniente Harrows, y en la ciudad de Thornhope era por dos motivos; porque sabía que era una ciudad poco transitada, donde las nuevas del continente llegaban con mucha tardanza, y la segunda razón, era que a bordo había oído hablar abundantemente de la gran riqueza de la viuda Plump y de sus deseos de casarse de nuevo, cosa que si no había hecho ya, no era por falta de pretendientes, sino porque declaraba que no encontraba a ningún habitante masculino de Thornhope lo suficientemente arrogante para suceder en el tálamo nupcial al guapo y elegante Theodor Plump.

También sabía Liam Montbar que la casa estaba deshabitada a medias, pero si se hubiera referido a ello, habría podido, quizás, despertar sospechas en el ánimo del teniente. Y mentalmente lo bendijo con ironía por haber sido él mismo quien, con el “talismán” de la criaturilla que dormía en sus brazos, iba a abrirle las puertas de la mansión Plump.

—La viuda Plump tiene un corazón bondadosísimo y la única sombra que hubo en su matrimonio fué que Dios no le concedió hijos. Yo estoy seguro de que en tanto que usted halle casa a su gusto, la viuda Plump no tendrá inconveniente en concederos hospitalidad, a vos y a la niñita.

—No puedo aceptar, señor teniente. Bajo ningún concepto. Aunque os doy mi palabra que os lo agradezco con toda el alma. No puedo imponer a la señora viuda esa molestia y…

—¿Molestia? — interrumpió el teniente con sincera vehemencia —. Precisamente por eso os dije que no conocíais a la viuda. Es la virtud y la bondad personificadas. No os neguéis a ello, caballero. Vuestra paternidad bien merece que se os ayude.

Tuvo aún que insistir mucho el teniente, y al fin logró que Liam

Montbar accediera a esperarle allí mismo, mientras él iba a hablar con la viuda Plump.

* * *

Horacia Joy, viuda de Theodor Plump, acogió con agrado la visita del teniente Harrows, quien con prolija meticulosidad, fué repitiendo las frases de la "historia" de Liam Montbar.

Sin ser presuntuosa, la viuda de Plump admitía como cierto que era ella la mujer más bonita y más rica de Thornhope. Sólo consentía en determinados instantes sinceros en admitir, también mentalmente, que Pamela Joy, la hija de su hermano difunto, era la única que podía compararse con ella, no en riqueza, porque no poseía ni un ochavo, sino en tersa blancura del cutis, en el azulado romántico de los ojos y en la rubia sedosidad de los cabellos.

—...y ha sido pensando en la niña, cómo me permitís sugerir la idea de que vos, señora, erais la única persona de Thornhope que podía resolver la momentánea tribulación de un padre ejemplar, afectado por su reciente viudez.

—Habéis hecho bien, Percy. No ya por el caballero Montbar, sino por la niña, y porque vos sois quien os interesáis en ello, pongo mi casa a disposición del caballero Montbar, mientras halla su propia casa.

Media hora después, Liam Montbar inclinaba con exquisita galantería su alta talla para besar la tibia y regordeta mano de la viuda Plump.

—Vedme, señora, cohibido por mi intrusión y emocionado por la grandeza de vuestra alma generosa. Procuraré seros gravoso el menor tiempo posible, y siempre tendréis en mí un servidor agradecido.

Horacia Joy reconoció en su fuero interno que la prestancia del caballero irlandés igualaba, si no aventajaba, a la del varonil Theodor.

Pero pensó absurdamente que si no hubiera sido por la niña habría denegado hospitalidad al viajero. Había en aquellos ojos extraños algo que la escalofriaba, como si una encubierta maldad anidara tras las pupilas, sonriente al mirar a la chiquilla, atendida ya por una doncella; tristes al evocar su desgraciada viudez.

—Grinby el mayordomo, os atenderá, caballero—explicó la viuda, rehuyendo mirar el rostro de Montbar—. Y Lucy se hará

cargo de vuestra hija. Habéis tomado posesión de vuestra casa.

Tras repetir su profundo saludo, Liam Montbar atravesó varios salones precedido por un viejo lacayo. Tuvo tiempo de ver en los vastos jardines la marcial figura del teniente Harrows paseando en compañía de una muchacha muy parecida a la viuda Plump, con diez años menos.

Los primeros días, Liam Montbar, con su inteligente experiencia, no apareció para nada en el camino de la viuda y su sobrina. Las veía pasear por el jardín, y recibir visitas de "todo" Thornhope, pero él seguía inmutable, encerrado en su despacho, cuyo ventanal daba al jardín, absorto al parecer en el estudio de viejos manuscritos.

Fué tan generosa la dádiva que entregó al viejo mayordomo Grinby "intruso", encomiándolo como a caballero ejemplar y estudioso.

Efectuaba sus comidas solo y frugalmente. Bebía moderadamente y su método diario de vida era tan ascético, que la propia viuda Plump reprochóse su primera desfavorable impresión.

Montbar salía hacia el atardecer tan sólo a efectuar un corto paseo, para examinar las casas en venta que pudieran convenirle.

Sabía ya que Pamela Joy vivía a expensas de la viuda, y que era la prometida del teniente Percy Harrows.

Y fué la propia viuda la que una noche envió una invitación al caballero Montbar para que tuviera a bien compartir sus comidas, porque tanta soledad no era conveniente para un hombre entristecido por su desgracia.

Las primeras veces, Liam Montbar habló escasamente de sí mismo. Limitóse a entretener a las dos mujeres con narraciones de sus viajes "artísticos"; citó discretamente episodios de la Corte parisina, y su amena conversación constituyó ya para Horacia una necesidad.

Pero Liam Montbar sabía observar y creyó percibir de vez en cuando una luz de enojo en las azules pupilas de Pamela Joy, cuando, sin darse cuenta de ello, la viuda empleaba un tono autoritario para pedirle un chal "porque sentía frío" o que fuese al dormitorio para recoger un libro "que deseaba que el caballero leyese, para que le diera después su opinión".

Horacia Joy era buena, rica y bella, pero desconocía esa

determinada discreción llamada "tacto", y una noche, durante el transcurso de la cena, ocurrió una escena que hizo nacer en Liam Montbar una modificación de su plan.

Había comprendido que la viuda, por cierto recelo que a veces transparentaba, no sería fácil presa. Y empezó, a raíz del incidente, a examinar la posibilidad de captarse la confianza de Pamela Joy.

Citaba instantes antes del incidente, la anécdota histórica del marqués du Manoir, que se había desposado con una granjera, cuando Horacia hizo su imprudente comentario:

—Cuando un caballero ocupa una posición elevada, es un error malcasarse. Si yo fuera una pobretona, consideraría casi un insulto que un caballero rico me hiciera objeto de su petición matrimonial.

Observó Montbar que Pamela Joy fruncía el delicado entrecejo, y que sus manos temblaban ligeramente mientras cortaba el pescado.

La viuda Plump continuó, sin maldad y no aludiendo ni remotamente a su sobrina pobre:

—Siempre pensaría que me habían comprado, como... pero ¿qué te ocurre, Pamela?

La aludida acababa de rechazar hacia atrás su sillón, y poniéndose en pie, miraba coléricamente a su tía.

—Percy es rico y es además un militar apreciado que llegará a ser Residente. ¿Consideras, pues, que me compra al elegirme por esposa?

Y abandonó precipitadamente la estancia. La viuda Plump, sinceramente condolida, contempló a Liam Montbar como tomándole por testigo de su inocencia.

—Nunca aludí a Pamela, ni pensaba en ella al hablar. Es chocante que la muchacha se haya encolerizado tan inoportunamente.

—No lo toméis a mal, señora. Una niña ociosa como vuestra sobrina está propensa a injustificados ataques de nervios.

Y a la mañana siguiente, cuando la viuda dirigíase a su capilla protestante, Liam Montbar hallóse como por casualidad frente a Pamela en el rincón del jardín que ésta elegía para sentarse y bordar unas veces, y otras para dejar en libertad sus pensamientos.

—Buenos días, señorita. ¿Os molesto si me siento junto a vos?

—Muy al contrario. Quería precisamente pediros perdón por mi

explosión nerviosa de ayer noche. No pude contenerme.

—Era lógico. Vuestra respuesta fué la adecuada. No ya un teniente del ejército británico, sino el mismo príncipe real es quien merecéis por rendido servidor.

Había tenido tiempo Montbar de justipreciar el gran orgullo que Pamela Joy ocultaba bajo un callado exterior.

—Es amabilidad de vuestra parte, señor. Como dijo bien mi tía, yo soy una pueblerina sin dote, y debo agradecer al teniente Harrows que se dignara fijarse en mí.

—Suceso que lamento de todo corazón.

—¿Qué queréis decir?

—Que la anticipada suerte del teniente al elegiros, me veda hablaros con claridad sin incurrir en felonía— y el irlandés entornó los ojos, mientras ella volvía la cabeza—. Ninguna mujer me causó más fuerte impresión que la que vos me produjisteis al veros por vez primera. No necesito una madre para mi hijita; necesito la esposa que comparta mi existencia. Viajar en vuestra compañía; descansar en mi castillo de Francia; no tener más que un deseo, que sería colmar todos los vuestros...

Pamela Joy levantóse y, andando apresuradamente, desapareció en la casa. Liam Montbar sonrió... y siguió sonriendo cuando vió ante él la figura del teniente Percy Harrows, que con la espada desenvainada en el puño, acababa de surgir ante él.

—¡Daos preso!

—¿Por flirtear con vuestra novia?—preguntó irónicamente el irlandés, mientras se ponía en pie reposadamente.

—¡Por orden del Residente¡Vos sois el cobarde francés, culpable de sanguinarias e inhumanas acciones, ¡Vos sois Liam Montbar, el pirata!

CAPÍTULO II

El velero sin alegría

Declinaba la tarde, obscureciendo los contornos de la isleta perdida en el Atlántico a medio camino de las Américas.

Las voces de “Cien Chirlos” en su pintoresca jerga malsonante y el ruido de las cadenas arrollándose al torniquete, indicaban que se estaba recogiendo el ancla del velero “Aquilón”.

Se soltaron las amarras que sujetaban el navío pirata, el cual comenzó a salir de aquellos parajes.

En el castillete de proa, Carlos Lezama, el Pirata Negro, daba de vez en cuando una estentórea orden, que la tripulación apresurábase a cumplir. Junto al jefe pirata, “Satán” el leopardo, apoyaba la cuadrada testa sobre sus patas delanteras.

Carlos Lezama permaneció inmóvil por espacio de varias millas, con la mirada en un punto lejano. Sus ojos no miraban al mar; veían en las olas, en las nubes, en el velamen, siempre la misma visión: Un rostro sardónico de ojos verdes tachonados de toques violetas...

Descendió cuando ya la noche se había enseñoreado del horizonte. En la camareta de la sala capitana, un manco pelirrojo hacía compañía a una mujer de morena belleza desafiante: Karmi, la zíngara.

Al entrar el hombre y la fiera, Diego Lucientes, el manco pelirrojo, escanció vino en una copa que tendió en silencio al Pirata Negro.

“Satán” se tendió al lado de Lezama, cuando éste se sentó frente a la pareja. Karmi, cohibida, contemplaba con muda súplica al hombre que, desposándola, le había prometido un edén de felicidad... y desde la salida del “Aquilón” de aguas francesas, todo era tristeza a bordo.

El hombre que antes sonreía con simpático humorismo, el hombre que decía frases amorosas, parecía haberse convertido en una sombra de sí mismo, en el huraño pirata que ahora, tras beber la copa de vino, permanecía en silencio, fija la mirada en un punto vago...

—Hay un extremo, señor, que yo desearía aclarar—dijo de pronto Diego Lucientes—. ¿En qué situación estoy yo a bordo de tu velero?

—Por la muerte de tu esposa y el rapto de tu hija, eres, como yo, un hombre con la desesperanza por compañera.

Karmi se levantó silenciosamente y entró en su camarote. El camarote donde lloraba a solas desde la partida del velero.

—Fuiste cruel en tus palabras para con ella, señor—y el madrileño indicó con su brazo válido la puerta cerrada tras la que estaba la zíngara—. Es tu esposa, y de nada es responsable. Quiere ofrecerte su cariño y tú...

—...y tú mismo me dijiste que hay penas para las que ninguna palabra sirve de alivio. ¿Para qué quiero yo el amor de Karmi?—y, a medida que hablaba, el Pirata Negro se acaloró. —¿Crees, acaso, que puedo siquiera pensar en lo que es amar, mientras siga en vida Liam Montbar? Y, aunque lo torture por espacio de un mes, día y noche, ¿acaso con ello me devolverá a mis padres?

—Hallarías un bálsamo mitigador para tu desesperación si aceptaras el amoroso afecto de tu esposa. ¿Por qué no me echas en cara que me estoy metiendo en lo que no me importa? Anda, dilo, señor. Antes, aun en los momentos más graves, sabías ser cáustico y mordiente... Ahora, eres un fúnebre personaje.

Alzó despaciosamente la frente el Pirata Negro y clavó en el madrileño una mirada de fría dureza.

—Te tolero mucho más de lo que a ninguno toleré nunca, Diego Lucientes. Tengo que pensar que perdiste tu medio brazo por mi velero, y que por mi esposa perdiste a la tuya.

—Olvídalo. No quiero tu agradecimiento, señor pirata. Quiero que seas el de siempre. Que tu dolor quede en tu alma, pero que no paguen culpas quienes ningún daño te hicieron. Ella es tu esposa y cometes con ella el peor de los crímenes, porque la indiferencia de tu actitud es la peor de las injurias que puedes inferir a Karmi. Es una humillación que nada justifica. Por eso te pregunté antes en

qué situación estoy a tu bordo. ¿Me consideras un pirata más a tus órdenes?

—No. No quiero piratas con tus dotes. Te sobra cerebro y te falta discreción.

—Entonces, ¿en qué concepto comparto tus comidas?

—¿No robó Montbar a tu hija?.. ¿No tengo yo que verme cara a cara con Montbar? Nos une este lazo a ti y a mí...

—¿Nada más? — y el ex bachiller sonrió amargamente—. A veces creo, señor pirata, que olvidas que existe una palabra llamada amistad. Yo quisiera verte sonreír, verte inquieto por las sombras violáceas que bajo los ojos de Karmi hablan de llantos...

—Sólo tengo una inquietud: dar pronta caza a Liam Montbar.

—¿Y por eso ya no se atreven tus piratas a reír? ¿Y por eso hieres continuamente a tu esposa con el baldón de tu indiferencia? ¿Y por eso paseas como fiera rencorosa, encendidos los ojos y torvo el semblante?.. Me das pena, Carlos Lezama.

El Pirata Negro se puso en pie bruscamente, pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Repite esa opinión! No he oído bien tu última frase...

Diego Lucientes se puso también en pie, y, aunque interiormente sentía el peligro a que se exponía, repitió calmosamente:

—Digo que me das pena. Puedes engarfiar tu mano alrededor de tu pistola, que si resuelves algo matándome, mátame. Pero yo aprendí a reír en tu escuela brava de desprecio del dolor, o al menos de saberlo ocultar con buen gusto tras una carcajada, cruel de tono, pero alegre en el fondo. También yo he perdido lo que más quería. Hay en mi alma una perpetua llama que me muerde; pero arde sola como en un santuario, que yo no soy un alfeñique que quiere amargar la existencia de los demás, con su intemperancia de continua hosquedad. Si prefieres la compañía de tu leopardo a mi amistad, allá tú. Pero antes eras un hombre cortés y galante con las mujeres. Karmi es tu esposa, y sufre. Ten al menos, si no quieres darle amor, la cortesía de hablarla de vez en cuando, de darte cuenta de que ella existe.

El Pirata Negro salió de la estancia sin decir palabra. Tras él, “Satán” alargó la zancada de sus poderosos remos.

Diego Lucientes, más que sentarse, dejóse caer en el escabel. Secóse el sudor que perlaba en su frente.

—¡Recórcholis! — murmuró en voz baja—. Otro discursillo como ése, y vas a servir de pasto a los tiburones, mi buen Dieguito.

La puerta del camarote de Karmi se abrió, y la bellísima zíngara, secándose los ojos, sonrió entre sus lágrimas al madrileño.

—Gracias, "Medio Brazo". Te he oído... No debes salir en defensa de mi abandono. Te matará. ¿No has comprendido que la doble pérdida de su madre y de su padre le ha dejado insensible a toda idea que no sea la de vengarse?

—¿Acaso yo no he perdido a mi esposa, que era mi única familia?.. ¿Acaso Liam Montbar no raptó a... la hija de Gaby? ¿Y por eso debería yo maltratarte a ti o pelear con el que es mi único amigo? Es peligrosa su amistad tal como ahora está. Pero es un hombre que sabrá sobreponerse. Ten paciencia, Karmi. Cuando Liam Montbar muera, él volverá a ser el caballero que conociste.

Ella, sintiendo en su alma un profundo agradecimiento hacia el ex lugarteniente del Pirata Negro, acercóse a él, y le besó en la mejilla con gratitud de hermana.

Apartóse bruscamente al oír una seca exclamación.

—¡Albricias!

Relampagueantes los ojos, Carlos Lezama estaba en el umbral de la sala capitana. Desenvainó su espada y, con la punta de ella, señaló a la zíngara su camarote.

—Vete. ¡No hables! ¡Vete!

—Obedece, Karmi—apremió el madrileño.

La zíngara, desorbitados los ojos, vaciló. Una sonrisa de Diego Lucientes, animándola a irse, le hizo entrar de nuevo en su camarote.

El Pirata Negro hizo cimbrear la hoja de su espada, que silbó en el aire. Diego Lucientes siguió sentado mirándole, con rostro desprovisto de su habitual simpatía.

—No vas a hablar tú, pirata. Voy a hablar yo, y emplearé tu antiguo estilo. Me hartas, estoy de ti hasta el occipucio, y si esto fuera una diligencia, ordenaría al cochero que parase, porque al apearme tendría la satisfacción de perderte de vista. Agita, agita tu cortacarnes. ¿Qué aguardas para perforarme? ¿Conque "albricias"? ¿Albricias de qué, torpe de ti? ¿Porque ella me besaba en las mejillas? Tuve la imprudencia de aconsejarle paciencia, de decirle que cuando tú mataras a Liam Montbar volverías a ser un hombre...

Me arrepiento: ¡no es hombre quien como tú ha entrado en pose sarcástica de marido francés!

—¡Desenvaina!—dijo secamente el Pirata Negro.

—¡No me da la gana! Mata, pirata. Tú eres una sombra, eres un esperpento... No eres el Carlos Lezama que yo reverenciaba y al que admiraba. ¡Maldito seas! Tu odio hacia el irlandés te extravía y te hace olvidar que eras antes un hombre, y no un loco satánico, que eso es en lo que ahora te has convertido.

"Satán" empezó a gruñir sordamente al ver la acción del Pirata Negro, que dió dos pasos hacia delante y derribó de un manotazo la mesa que le separaba de Lucientes, quien siguió sentado, pálido, pero decidido.

—Más loco eres tú, que si me crees loco, continúas provocándome. Un día te advertí ya que somos dos caracteres iguales, y que uno de los dos sobraba. ¿Vas a querer que te acuchille como a un cobarde?

—El cobarde es quien acuchilla a quien le canta las verdades. Yo no conocí a tu madre, pero estoy seguro de que murió consolada, porque sabía que su hijo era un hombre, y no un asesino. Un hombre con sus pecadillos, y no un santo; pero tan distinto al que ahora veo, que me cuesta trabajo creer que tú seas Carlos Lezama. Y ya estoy harto de ti y de hablarte. Haz lo que más te apetezca.

El brazo armado del Pirata Negro retrocedió como para tomar impulso en acción de herir... Dió media vuelta bruscamente y envainó.

De espaldas al estudiante, murmuró:

—Quizá tengas razón, "Medio Brazo". Pero sólo el infierno sabe lo que me ha costado no atravesarte de parte a parte.

—Quitaré la tentación de tu camino. Desde este momento comeré, dormiré y viviré en la cala. Cuando seas de nuevo el que eras, llámame. De ti aprendí la lección de no guardarle rencor al que sufre un momentáneo extravío.

Mientras el Pirata Negro, entrando con "Satán" en su camarote, cerraba la puerta, Diego Lucientes salió al exterior de la sala capitana.

Poco después, ya en la cala, entraba en el cuartucho, donde en dos literas descansaban "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", los dos hombres que compartían el mando subalterno, aunque,

efectivamente, el segundo fuera ahora el andaluz.

Halló tan sólo al pirata de rostro surcado de cicatrices.

—Buenas noches, timonel — saludó el pelirrojo—. Vengo en busca de una hamaca tendida de parte a parte que me permita dormir en vuestra linda alcoba. ¿Hay protesta por tu parte?

—Yo tengo bastante sitio en mi litera. El resto del cuarto es tuyo. ¿Te echó "él"?

—Me eché yo. Tiene el señor Lezama mucho odio acumulado en el cuerpo contra el irlandés, y es muy quisquilloso. Podría mandarme al otro mundo en un descuido colérico.

—Naturalmente... — aprobó "Cien Chirlos", encontrando muy lógico que "él" matase al madrileño en un momento de aburrido enojo—. Haces bien, señor, en venir aquí. Cuando "él" está sin alegría..., le temo yo también.

—No te apenes, buen mozo. Volverá a reír, y entonces reiremos todos.

Aquello gustó al pirata, que, en rasgo extraordinario de amabilidad milagrosa, ayudó al estudiante a colocar su hamaca. Sonó con ronco tañido una campana.

—Mi turno de maniobra. Hasta después, señor.

—Buena guardia tengas.

Cinco minutos más tarde de la salida de "Cien Chirlos", entró Curro Montoya, el chiclanero de las esqueléticas piernas y el busto de atleta. Llevaba, como siempre, terciada su guitarra al hombro.

—Hola, compadre. Me contó el carato fea que has decidido venir a alegrarte en nuestra compañía. Pero desde que salimos de Francia, mi guitarra sólo templa por malagueñas de cementerio. Estamos en un velero que parece el fantasma de lo que fué. Ya no se oye "su" carcajada, y el verle pasear me pone la piel de gallina. ¡El diablo confunda al tal Montbar!

La navegación hacia las Antillas prosiguió durante tres días su monótono surcar. "¿Echamos una "partidiya"?", era la única diversión de Diego Lucientes, que aventajaba al andaluz invitador en el arte de hacer fullerías.

Alguna que otra vez, al salir a pasear por cubierta, veía recortada en el castillete de proa la figura solitaria del Pirata Negro, acompañado de su inseparable leopardo.

Fingía no verlo, y volvía siempre la espalda al castillete. Un

anochecer, al terminar su paseo, Diego Lucientes disponíase a entrar en la cala, cuando brotó del interior una sarta de insultos, juramentos y golpes, que hasta los sordos podían oír.

Entró y dióse cuenta de que, disputando por una jugada de naipes, tres piratas habían olvidado, en el acaloramiento, su habitual prudencia en esta clase de lances.

"Cien Chirlos", repartiendo zurriagazos, consiguió acallar a los tres que reñían, uno de los cuales llevaba ya el cuello surcado por una puñalada de refilón.

En la escalera se perfiló la figura del Pirata Negro.

—¿Peleando entre vosotros?—bisbiseó duramente—. A mi bordo sólo hay ahora una ley: vivir pensando en la caza de Liam Montbar. Sube a cubierta a esos tres malandrines, "Cien Chirlos". Los demás, subid también.

Cuando los que iban a presenciar el castigo estuvieron reunidos en círculo alrededor de los tres inculpados de haber infringido la ley de a bordo en el "Aquilón", el Pirata Negro, desde el castillete ordenó:

—¡Desnudas las espaldas, atadlos a una verga e izadlos!

Los tres hombres quedaron suspendidos por las muñecas, con la punta de los pies a medio metro del maderamen de cubierta.

—Tú mismo, "Cien Chirlos". Cincuenta latigazos a cada uno, alternados.

Al oír la cifra, gimió uno de los que iban a ser vapuleados. La cantidad normal era: veinte para riña, treinta para riña con herido...

"Cien Chirlos" quedó bañado en copioso sudor cuando terminó de contar los ciento cincuenta latigazos.

—Vinagre y sal—dijo lacónicamente el Pirata Negro, cuando los tres desmayados piratas fueron desatados.

Diego Lucientes no miró durante el castigo ni una sola vez hacia donde se hallaba el Pirata Negro. Esperó a que los demás tripulantes volvieran de nuevo al interior de la cala.

Mientras contemplaba, ausente el pensamiento, la oscilante luz rojiza de los dos faroles que a proa y a popa iluminaban tenuemente la cubierta, a sus espaldas una voz bien conocida comentó:

—El velero sin alegría se aproxima ya a los parajes donde tarde o temprano hallaremos a tu hija.

—Es curioso, pirata. Mira hacia la luna. Antes creo que tenía

una sonrisa divertida. Ahora lleva una nube sombría. Antes yo conocía a un pirata que sabía contar, y que, cuando algo valía treinta, no cobraba cincuenta.

—Tu forma de hablar equivale a lo que el andaluz llamaría “salirse por peteneras”. He meditado sobre ti, Lucientes, en estos tres días. Has vuelto a darme una lección de hombría. Karmi ruega que vuelvas a la sala capitana. Creo que estima que tu compañía le hace menos triste su aburrida navegación.

La diestra del Pirata Negro se apoyó en el hombro del mutilado.

—Y al ruego de Karmi añado el mío.

—Al ruego de una dama no puedo negarme. Al tuyo... tampoco. Aunque sé que por ello regreso a la zona del temporal.

—Calma chicha para ti, hermano. Si ya no puedo sonreír, al menos he jurado que de ti todo lo oiré... porque en todas tus palabras alienta sólo un buen deseo: devolverme a mi natural temple.

Volvióse Diego Lucientes y se encaró con el Pirata Negro.

—¿Licencia para que te diga cuanto piense?

—Absoluta... Pero procura no abusar, hermano. Si fraternizamos en el dolor, que nuestras vidas se prolonguen lo más posible sin que en mutua riña hallemos muerte impropia de los que, como tú y yo, hemos atravesado juntos los peores tragos que a un hombre le ha sido dado beber hasta las heces.

—Ya renace en ti algo del Carlos Lezama, señor. ¿Escanciamos juntos una buena copa de Malvasía?

—Es acto obligado, “Medio Brazo” —y mientras se dirigían hacia la sala capitana, el hosco semblante del Pirata Negro se distendió levemente. —¿Has acumulado nuevas impertinencias contra mí? Dilas; casi hallo un estimulante en tu inigualable desfachatez.

—Perdona. Eso de inigualable no es cierto. Pretendo tan sólo igualar al Pirata Negro de los buenos tiempos. Por el instante, no tengo ninguna nueva acusación que presentarte. Si acaso, recordarte que en tus castigos siempre fuiste justo, y has obsequiado con veinte latigazos de más a tres de tus piratas.

Karmi, si bien ensombrecido el rostro por honda tristeza íntima, sonrió cuando Diego Lucientes besó su mano.

—Te echábamos de menos — dijo Lezama—. Ella, porque

consigues hacerla reír con tus ocurrencias, y yo, porque necesito alguien como tú a quien confiar el plan que he preconcebido para una vez que arribemos a las Antillas.

—Me reuniré con vosotros a la hora de la cena, Carlos—dijo ella, levantándose.

Al quedarse solos, el Pirata Negro, tras beber, frunció las cejas en sarcástico gesto.

—Ya ves. Discreta, callada, buena, paciente..., y yo sin saberlo apreciar. A lo nuestro, madriles: tengo planeado reclutar nuevos elementos. Es corta mi tripulación y hacemos rumbo a las Tortugas, donde enrolaré cien bergantes de pelo en pecho que se acuchillen con su sombra. Veinte de ellos los destacaré por cada tierra que toquemos, para que sigan el rastro de un irlandés con porte de caballero y ojos de brujo. Cuando obtenga la primera pista, no dormiré hasta hallarme frente a frente de Liam Montbar.

—Tú mismo me dijiste un día que el odio, además de envenenar al que odia, nubla la inteligencia. En circunstancias habituales, estoy seguro de que la piel de Liam Montbar no valdría un maravedí. Pero, si no te repones, Liam Montbar hará de tu piel una alfombrilla. ¡Cuidado! Me prometiste licencia absoluta.

—La tienes—dijo el Pirata Negro, dominándose.

—No sé cómo fueron los enemigos que antes tuviste. Pero sí sé que Liam Montbar es el espíritu del mal. Y te ha vencido en parte. No interpretes mal mis palabras. Te ha vencido, porque juró que borraría de tus labios la sonrisa y ahogaría en tu garganta la carcajada. Y lo ha conseguido.

—No lo ha conseguido, porque volverá a ver y oír ambas cosas cuando lo tenga a solas conmigo en un espacio cerrado.

La copa que el Pirata Negro sostenía entre los dedos se hizo pedazos, ensangrentando con cortes la piel de la mano.

Diego Lucientes observó fríamente los pedazos de cristal, y casi sintió compasión por Liam Montbar.

CAPÍTULO III

La resentida

Liam Montbar, al oír de labios del teniente Harrows que su identidad estaba al descubierto, inclinóse ligeramente.

—Vos, el hombre de familia pudiente— fué diciendo Harrows, congestionado el rostro por sorda cólera—y de honestas costumbres, sois el pirata que a los quince años mató a un tabernero irlandés para robarle. Os embarcasteis como grumete en un barco pirata. Lograsteis ser jefe de una tripulación de desalmados, y vuestra nombradía de inhumano os hizo temible. Por eso y vuestras dotes de mando pasasteis a ser corsario del Rey de Francia, hasta que, descubierto vuestro caudillaje de "Los Mendigos del Mar", el propio Rey de Francia ha puesto precio a vuestra cabeza, por si no bastara la misma medida tomada tiempo ha por su Graciosa Majestad británica. Me engañasteis miserablemente.

—No tal. Os di mi nombre. Si mentí, fué por mi hija.

—Sólo Dios sabe qué nuevo crimen es ése, ya que no tenéis esposa.

—La pobrecilla es ilegítima. Por ella quiero regenerarme...

—Será confiada a otros cuidados. Yo os entregaré al Residente, que os aguarda. Si no disparo ahora sobre vos, es porque, en atención a Horacia, no quiero formar ningún alboroto. Pero, al menor intento de fuga, os mataré sin la menor compasión.

—¿Quién os ha informado tan acertadamente?

—Era mi obligación, según la ley inglesa, remitir por mensajero especial al Residente vuestra descripción física y vuestro nombre.

—Creedme que soy sincero al deciros que ignoraba esa ley. De lo contrario, la hubiera tenido muy en cuenta.

—Ahorradme vuestras cínicas reflexiones. Echad a andar delante

de mí, y recordad que al menor intento de resistencia os aplastaré como a la sabandija más dañina que mis ojos hayan visto.

—Os considero imprudente, mi buen amigo. Venir solo a prenderme, es un rasgo de valentía.

—Soy responsable de haberos presentado a la viuda Plump. Si os traje aquí solo, solo os llevaré fuera de aquí. Cuando el mensajero regresó con un sobre sellado escrito por la propia mano del Residente, y leí la orden de detención inmediata que acompañaba a vuestro historial sangriento sentí la triple ofensa: el engaño con que jugasteis con mi buena fe, el engaño con que os introdujisteis aquí y el peligro que para la viuda... y para Pamela Joy pudisteis ser. ¡Adelante!

—¡Teniente Harrows! ¡Percy!—la voz de Pamela Joy oyóse nítida.

Fué sólo un segundo: Percy Harrows miró hacia la ventana de donde procedía la voz femenina.

Como una pantera hambrienta, Liam Montbar proyectóse hacia delante. Una de sus manos asió el brazo armado; la otra se hincó en el cuello de Percy Harrows, que, derribado ante el brutal ataque, se defendió con todas sus fuerzas.

Pero el irlandés era un atleta experimentado en cien combates cuerpo a cuerpo: su nervuda musculatura inutilizó todo intento del inglés. Montado aún a horcajadas sobre el cuerpo de Percy Harrows, miróse las uñas sangrientas, que, hundiéndose en la garganta del militar, acababan de estrangularlo.

—Una voz de mujer y mis uñas. Lógico final para ti, señor teniente. Eras demasiado sensible ante la aparente debilidad femenina.

Arrastró rápidamente el cadáver de Percy Harrows hasta ocultarlo entre un matorral que rodeaba el tronco de un árbol. Dió un paso hacia atrás y comprobó que no se veía al muerto, totalmente cubierto por la hojarasca.

La voz de Pamela Joy repitió, ya muy cerca del lugar en el que Liam Montbar acababa de matar:

—¡Percy!

Liam Montbar avanzó unos pasos, hasta inclinarse ante la mujer.

—El señor teniente se ha ido, Miss Pamela.

—Estaba hablando con vos, y... yo le necesitaba.

—¡Cuánto lo lamento! ¿No le visteis marchar?

—No. Le vi entrar tras el seto donde estabais vos. ¿No dijo a qué hora volvería?

—Me temo que tardará. Perdonad, la indiscreción. ¿Tan urgente era lo que queríais comunicarle?

Ella dirigióse hacia el banco, donde se sentó. Desde allí, sin mirar a Liam Montbar, que permanecía de pie ante ella, dijo:

—Quería devolverle su anillo. He decidido romper mis relaciones con él. Nunca lo amé—fué diciendo, sin mirar al irlandés—. Tan humillante me fué su oferta de matrimonio, como la protección de mi tía. Os hablo así porque, desde que os vi, comprendí hallarme ante un carácter como el mío.

—Vuestras palabras son interesantes, Pamela. Seguidme honrando con vuestras confidencias.

—Yo... creo que vos estáis dolido contra la humanidad. Yo estoy resentida contra mi tía y contra Percy Harrows por la confianza con que dió por segura mi aceptación. Naturalmente—y sonrió con acritud—, yo una pobre huérfana sin dote, era natural que seguiría aceptando limosnas a ojos cerrados. A veces hubiera querido nacer hombre y llevar espada.

—Sois bonita, y eso es vuestra mejor arma. Si fuerais hombre... ¿hubieras tenido el valor de matar a la opulenta Horacia? Contesta valientemente.

—Sí—murmuró en voz baja ella—. Tentaciones me han sobrado. Pero una mujer sola...

—Dame tu anillo—dijo él, tendiendo la mano—. Tu anillo de compromiso con Percy Harrows.

Ella le entregó obedientemente un aguamarina montada en plata.

Liam Montbar volteó el brazo y tiró el anillo tras un matorral que rodeaba el tronco de un árbol a siete pasos de distancia.

—¿Qué hacéis?—preguntó ella, alzando sus cándidos ojos azules.

—Devolverle a Percy Harrows su anillo.

—¿A Percy? No lo veo...

—Lo maté. Está oculto tras el matorral y no te ha oído, con lo cual se ha evitado un desengaño. Un nuevo desengaño. ¿No me preguntas por qué razón lo maté?

—Vuestra razón tendríais.

—Sabia respuesta, Pamela. Podemos llegar lejos tú y yo. Que tus dulces pupilas sigan engañando a Horacia. ¿Sabes casualmente si ella posee algún escondrijo donde conserva su dinero?

—Sé.

—Lo necesito. Tengo dinero, pero no el suficiente. Quiero armar un bajel. He reinado mucho tiempo en el mar y he poseído castillos y cofres repletos de joyas y oro. Intervino un diablo... Ya te hablaré de él en otra ocasión. Necesito la fortuna de Horacia. Lo antes posible. Por el instante, el inocente Harrows me confió que sólo el Residente y él saben quién soy. Me gustaría poder marcharme este noche. Hay lanchones de vela en el puerto, que nos conducirían, a ti y a mí, hacia las Tortugas, donde volvería a ser quien fuí.

—Os puedo aconsejar una visita que redundaría en vuestro beneficio. Si obráis rápida y acertadamente esta noche, podríamos ir a ver a Jacob Byrdham: un viejo avaro, que es la segunda fortuna de Thornhope. Quería casarse conmigo. Si llamo a su puerta, abrirá... El resto a vos os incumbe.

Liam Montbar acarició el cabello sedoso de la perversa muchacha.

—Llegaremos lejos, Pamela. Esta noche, inmediatamente después de cenar, déjame a solas con la viuda. Y como has dicho muy bien, el resto me pertenece.

El día transcurrió sin otra novedad que una alusión accidental de Horacia Joy al hecho de que el teniente Percy Harrows había dicho a su sargento que le relevase mientras él efectuaba un viaje a la capital para verse con el Residente.

Liam Montbar limitóse a desear que la ausencia del teniente no fuese larga, porque apreciaba enormemente la “gran rectitud moral de Percy Harrows”, y Horacia Joy aprobó calurosamente, extendiéndose en elogios del que yacía oculto en un matorral.

Pamela Joy ostentaba la más suave de sus sonrisas de ingenua cuando, por la noche, tras cenar, besó en la frente a su protectora.

Al marcharse ella, Liam Montbar adoptó un aspecto de hombre contrariado. Fué tan patente su contrariedad, que Horacia Joy se dió cuenta.

—¿Os ocurre algo, caballero?

—No sé cómo empezar, señora. Habéis sido tan amable

conmigo, que el revelaros que en vuestro seno anida una víbora me causa dolor.

—No os comprendo—dijo ella, alarmada.

—¿Tenéis la bondad de acompañarme un instante al jardín? No quisiera que me oyera nadie.

Ella aceptó, intrigada, el chal que galantemente colocó sobre sus hombros el irlandés, y, ya en el jardín, aceptó también apoyarse en el brazo masculino.

—¿Queréis mucho a Pamela, señora?..

—Como a la hija que no he tenido. Para ella reservo mi herencia, y la he rodeado de todos los mimos y atenciones posibles.

—¿Os gustaría que se casase con Percy Harrows?

—Mucho. No hay en todo Thornhope, exceptuando, claro está, vuestra caballerosidad, hombre más honrado que el teniente Harrows.

—¡Qué lástima!

Y Liam Montbar se detuvo a dos pasos de un matorral que rodeaba el tronco de un árbol, tras un seto.

—No os comprendo. Me tenéis inquieta, caballero. ¿Por qué aludíais antes a una víbora? ¿Por qué ahora decís...?

—Pamela no sólo no se casará con Percy Harrows, sino que piensa huir.

—¡Imposible!... Aceptó a Harrows como prometido.

—Pero Percy Harrows murió, señora. ¿Veis este matorral?

Brillaban tan extrañamente los fascinantes ojos del irlandés, que Horacia Joy, temblando, quiso gritar. Pero de su garganta no salió sonido alguno...

Braceó desesperada al sentir en su blanco cuello la opresión de dos manos, las cuales se entrecerraron tan apretadamente, que los estertores agónicos de la bella viuda fueron escasos.

Levantándola en vilo, Liam Montbar la arrojó brutalmente tras el matorral.

Al regresar a la mansión, dió juego en su vaina al puñal. En el vestíbulo, Grinby, el mayordomo, hizo una leve reverencia al oír las palabras de Liam Montbar:

—La señora desea que le lleves su esclavina de pieles. Siente frío.

Se dirigía Grinby a cumplir la orden, cuando vaciló, dando un

traspiés, y aplastóse contra la mullida alfombra.

Liam Montbar se inclinó y extrajo de la espalda mortalmente herida su puñal, que limpió en las ropas del lacayo.

Otros tres criados quedaron exánimes, desangrándose, alcanzados por sendas puñaladas.

Y Liam Montbar entró sonriente en la habitación donde Lucy cantaba dulcemente una canción de cuna que mantenía dormida a la hija de Diego Lucientes.

La criada llevóse respetuosamente un índice a los labios recomendando silencio. Obedeció Liam Montbar, que avanzó de puntillas.

La expresión de asombro de la criada quedó para siempre plasmada en su faz, cuando cayó lentamente de rodillas, llevándose las dos manos al seno abierto por atroz y honda puñalada.

La niña seguía durmiendo con un profundo sueño infantil...

Liam Montbar dirigióse a la alcoba donde Pamela Joy aguardaba.

—Os vi. Para ganar tiempo, yo misma he llenado este maletín con las joyas y el dinero. Es todo cuanto poseía mi difunta tía.

Liam Montbar cogió el pesadísimo maletín y lo abrió. Volvió a cerrarlo con íntima satisfacción. Enlazó por los hombros a la mujer.

—Fuiste creada para ser mi compañera. Hace tiempo que buscaba una mujer de tu serenidad, Pamela. Vámonos: ya nada nos queda por hacer en esta casa. Recoge a la niña.

—¿No será un estorbo?

—Es el señuelo que necesito para atraer a dos hombres. Recógela.

Instantes después, Pamela Joy llevaba en brazos a la niña, y Liam Montbar, pese a su potente musculatura, tuvo que cambiar de mano varias veces el maletín, antes de llegar ante una casona apartada que se erigía cerca de un pantano en las afueras de la ciudad.

Pamela Joy señaló al irlandés una ventana obscura, y Liam Montbar apostóse en ella, colocando en el suelo, junto al maletín, a la niña envuelta en pieles.

Pamela Joy golpeó con los nudillos contra la madera de la gruesa puerta.

Un individuo de bigote y barbilla canosos, encorvado, que

portaba en alto una linterna, descorrió los cerrojos, entreabrió la puerta sujeta por una cadena y miró con desconfianza a la nocturna visita.

—¿Quién sois?

—Pamela Joy... Necesito hablaros.

Jacob Byrdham abrió la puerta del todo y Pamela entró. El viejo avaro contempló admirativamente la bella visión inesperada.

—Sentaos, Pamela, sentaos. ¡Cuánto os agradezco vuestra presencia!

Mientras hablaba, encendió un velón, y la ventana, tras la que se agazapaba Liam Montbar, quedó enmarcada por un rectángulo de luz.

—Decidme, decidme...—apremió él ansiosamente, sentándose frente a ella y de espaldas a la ventana—. ¿Qué feliz motivo os ha traído a mi pobre hogar, que en palacio se convierte ahora?

—He tenido una discusión esta mañana con Percy Harrows. Le he devuelto su anillo. Y esta noche mi tía me ha dirigido acerbos reproches. He pensado en vos...



-¿Qué feliz motivo os ha traído a mi hogar?

—Muy bien hecho—aprobó él, con ojos brillantes—. Sabéis que hace mucho tiempo que en mi corazón suspira un amor que...

—Estoy sofocada por la rapidez con que he venido. ¿Me permitís que abra la ventana?

—Ved que hace frío y os exponéis a... Bien, bien—dijo él al

sorprender en los dulces ojos de Pamela Joy una mirada de impaciencia.

Se dirigió a la ventana, que entreabrió escasamente unos centímetros, sujetando tras ella la cadenilla.

—Felizmente, no hay bandidaje en Thornhope — explicó al sentarse de nuevo—. Pero ya sabéis lo que de mí dicen. Que si soy un avaro, que si soy riquísimo… ¡Mentiras!—dijo, con la cautela del avaro.

Ella irguióse con altivez.

—¿Pensáis, acaso, que vengo a mendigaros?

—Perdonad, perdonad. Es la costumbre ya…, quiero decir que, en evitación de inoportunos pedigüeños, he preferido tener sólo durante el día una cocinera y fingir cierta frugalidad. Pero a vos puedo deciros que si en casa de la viuda Plump, vuestra tía, vivíais como una reina, aquí seréis mi reina. Todo cuanto tengo, es vuestro.

—Ved, señor Byrdham: yo os tengo afecto y vengo dispuesta a amaros y prodigar para vos todos mis cuidados. Pero quiero tener la certeza de que mi vida no carecerá de las comodidades que en casa de mi tía he disfrutado.

Esclavizado por su senil pasión, el avaro levantóse y, acercándose a una pared, descorrió una cortina. Ladeó un cuadro, que quedó inclinado sostenido por un clavo que mantenía a otro cuadro, y, hurgando en sus bolsillos, extrajo de ellos una llave que llevaba sujeta a sus gregüescos con sucio bramante manoseado.

Tanteó en la pared hasta que en una rendija casi invisible halló un lugar, donde presionó. Quedó abierto un espacio…

Pamela Joy veía de soslayo la mano nervuda del hombre que la había enamorado deslizarse silenciosamente por la entreabierta ventana, hasta quitar el garfio de la cadenilla…

Jacob Byrdham regresó sosteniendo amorosamente un pesado cofre que le hacía andar aún más encorvado que de natural. Lo depositó en la mesa, ante Pamela Joy.

—Mi fortuna, linda muñequita. ¿Me permitís que os llame así? Vais a ser mía, y…

Cuando vió una sombra proyectarse a sus espaldas, revolvióse con la energía del avaro que defiende su tesoro.

La feroz puñalada que le asestó Liam Montbar entre los omóplatos habría derribado a otro hombre mucho más fuerte y

joven que Jacob Byrdham.

Pero el anciano, con la agónica vitalidad sobrehumana de la desesperación burlada, aferróse a su asesino, intentando cogerle del cuello.

Pamela Joy recogía con tranquilo ademán todo el contenido del cofre, que iba depositando en un chal abierto. Cuando hubo cerrado las cuatro puntas en apretado nudo, Liam Montbar había ya rematado al anciano.

La estancia era un cúmulo de derribados escabeles y revueltas alfombras...

En la noche se perdieron la silueta de una mujer llevando en brazos a una criatura, y un hombre de fuerte constitución, doblado bajo el peso de un maletín y un bulto que llevaba a hombros.

En el puerto, una lancha velera se puso en movimiento, tripulada por un individuo que demostraba una pericia sin igual en el arte de orzar y manejar la vela simultáneamente con el timón.

Acurrucada bajo las pieles, Pamela Joy dirigíase hacia una nueva vida: la existencia azarosa que su mente perversa de resentida ingrata había entrevisto, si no con la despiadada crudeza que Liam Montbar había aportado, sí con la total independencia de amar a quien quisiera.

Y la fiereza del hombre de los ojos verdes hallaba eco amoroso en la mujer que, acurrucada bajo las pieles, contemplaba la arrogante figura del criminal, tensos los músculos en la penumbra...

El sol despertó a Pamela Joy y entibió sus ateridos miembros. No sabía que durante una buena parte de la noche su vida pendió de un hilo. En el combate mental que sostuvo Liam Montbar, vencieron dos consideraciones: sentíase enamorado a su modo de aquella criatura que, como él, no tenía el menor escrúpulo, y estipulaba que su aspecto candoroso podría servirle de doble señuelo para atraer a los dos españoles caballerescos y galantes que, tarde o temprano, hallarían su pista.

Y Liam Montbar besó a su nueva compañera, mientras la lancha, hinchada la vela, enfilaba su proa hacia la isla de las Tortugas.

La niña empezó a llorar, y con cuidadoso ademán Pamela colocó un trapito empapado en leche, que vertió de una jarra metálica, entre los labios infantiles.

—Has pensado en todo — admiró Montbar.

—Pensé que no podía morir quien te sirve de señuelo para vengarte. Y quiero compartir tus odios con tu amor.

Liam Montbar besó de nuevo a Pamela Joy. Había hallado un alma gemela.

CAPÍTULO IV

La fiera sedienta de sangre

Como castigo supletorio, los tres hombres del "Aquilón" que habían sido azotados entraron de doble turno a las dos noches siguientes a la que habían peleado entre sí.

Su obligación consistía en señalar a gritos al vigía de la cofa las luces que anunciasen a lo lejos naves en ruta. Ocupaban los tres una postura incómoda; encaramados a una jarcia, el lugar, expuesto al viento y a una caída al menor descuido, les obligaba a permanecer atentos, sin dormirse.

Uno de ellos dijo en voz baja algo que prendió la primera chispa.

—Este velero va a la "malaestrugancia". Tiene mal de ojo.

—¿En qué lo notas? — preguntó otro, acercando su cabeza.

—Él es una furia posesa. Somos pocos, y vamos a la muerte.

—¿Por qué? — inquirió el tercero, juntando su cabeza a las otras dos.

—El irlandés tendrá una nave más artillada y con más piratas. Nos hundirá. "Él" ha perdido el seso, y el velero tiene ya la marca fatal de la "malaestrugancia". Este mediodía vi algas colgando del remate de popa. Ya sabéis lo que eso significa. Muerte sin escape.

—¿Y qué... qué piensas?

—¿Qué podemos hacer?

—Ser ricos y vivir años de borrachera y jolgorio. Hay que ahuyentar la "malaestrugancia".

—¿Cómo?

—Sí. ¿Cómo vamos a poder luchar contra el maleficio?

—Matándolo.

Uno de los oyentes estuvo a punto de aplastarse contra cubierta.

Recuperó a tiempo el equilibrio. El otro tembló como un azogado.

—Matarlo a “él” supondría que los otros se nos echarán encima y nos descuartizarán, suponiendo que lográramos matarlo. Y, sobre todo, “Cien Chirlos” nos haría pedacitos.

—No seáis cobardes, que ésta es nuestra ocasión. Aprovechando uno de los paseos solitarios que “él” hace, cercana la madrugada, y en la parte obscura de proa, no habrá peligro para nosotros. Y en un santiamén acogotaremos a “Cien Chirlos” mientras duerma. Después, entre los tres, nos será fácil terminar con el chiclanero. Y el barco será nuestro. Estamos cerca de las Tortugas. Allí lo venderemos, sin contar con el tesoro del jefe...

Fué hablando con elocuencia el traidor supersticioso. A medida que iba empleando nuevos argumentos, los otros dos iban sintiéndose convencidos.

* * *

Eran las cinco de la madrugada, y la bruma se extendía como un manto húmedo por todo el mar, envolviendo al “Aquilón” en celajes blanquecinos.

Los tres conspiradores, agazapados tras un rollo de sogas, vieron aproximarse al Pirata Negro andando meditabundo, con la mirada fija en la lejanía invisible.

Los tres saltaron simultáneamente con los puñales en alto. Con toda su agilidad, que parecía obedecer a un sexto sentido que le avisara de todo peligro, no pudo evitar el Pirata Negro que uno de los aceros, al brincar hacia un costado, le lacerase un hombro.

Los tres rebeldes alzaban de nuevo sus puñales, mientras Lezama desenvainaba con rapidez, cuando un ronco estertor paralizó de miedo a los tres atacantes.

“Satán”, con las fauces dilatadas, husmeando ruidosamente, distendió sus afelpadas patas traseras y abatióse en felino impulso sobre el grupo de los tres hombres que habían herido al que le alimentaba y sabía acariciarle.

Sus poderosas zarpas arañaron ferozmente a diestro y siniestro, y pese a los esfuerzos titánicos del Pirata Negro, que intentaba desviar los belfos sangrientos, los agudos colmillos desgarraron, mordieron y mataron...

Y “Satán”, la fiera hasta entonces sumisa, relamiéndose la sangre humana, miró con velada pupila irritada al hombre que pugnaba

por apartarle de los restos despedazados de los tres piratas.

Carlos Lezama, maldiciendo, evitó el primer zarpazo que con las uñas extendidas le lanzaba “Satán”. Furiosamente, azuzó a puntarazos de espada al leopardo, que fué retrocediendo con gruñidos amenazadores, mientras, agachados los cuartos traseros y latigueando su larga cola, preparábase para un nuevo salto...

Un recio puntarazo le hizo retroceder lanzando un ronco rugido, y el sollado ciego abierto tras él le hizo perder el apoyo de sus patas traseras...

Otro nuevo puntarazo le hizo desaparecer en la negra cavidad del sollado sin puertas que servía para depositar en él las velas cuando el “Aquilón” estaba en reparaciones.

El Pirata Negro abatió rápidamente sobre la cavidad la cubierta de madera y hierro, que apalancó con la vigueta bien encajada. Oyéronse los rugidos de cólera y los zarpazos que en sus saltos en busca de la libertad daba el leopardo contra la parte inferior de las tablas.

—Estás herido, señor—murmuró la voz de “Cien Chirlos”, apareciendo tras el Pirata Negro.

—Fueron castigados con creces los que se rebelaron. Vigila que nadie abra esta escotilla. Lanza diariamente, por un orificio que abrirás en esta tabla, comida esponjosa para el leopardo. Que beba y coma a la vez.

—Eso debía ocurrir, señor — dijo Diego Lucientes, que habíase despertado al oír rumor de lucha y los fieros rugidos del leopardo —. Al fin y al cabo, era una fiera sedienta de sangre.

—No lo era. Le abrió el apetito la traición de tres de mis hombres, que son aquellos restos que “Cíen Chirlos” está arrojando al agua. Ellos, con su traición, hicieron que “Satán”, al defenderme, sintiera en sus fauces por vez primera el sabor a sangre caliente.

—Y tu hombro sangra. En la sala capitana puedo curarte.

—Carece de importancia. Un rasguño. Pero sí tomaré vino. Nunca creí que me traicionaran hombres a mi servicio, ni que “Satán” olvidara que comió de mi mano siendo cachorro.

Lezama bebió en la sala capitana, mientras Lucientes cauterizaba su herida.

—Ha probado la sangre. Está perdido...—dijo el Pirata Negro.

—Mátalo—aconsejó el madrileño.

—No. Volverá a probar sangre humana… de lo que quede de Liam Montbar cuando yo termine con él.

—¡Eso que dices es impropio de ti! Más que “Satán”, tú eres quien me parece una fiera sedienta de sangre.

Carlos Lezama extrajo de un bolsillo de su cinto un pergamino que crujió entre sus dedos. Lo tendió al madrileño.

—Lee… y quizá entonces comprenderás por qué no puedo pensar en otra cesa que en la peor de las muertes para Montbar.

Examinó Diego Lucientes por vez primera la letra afiligranada y bien trazada de Liam Montbar en la sádica carta que había escrito en dos etapas en el castillo de Kerdal[1].

—Léela en voz alta, “Medio Brazo”. Necesito oírla, aunque me la sé de memoria.

Y, en efecto, a medida que el bachiller iba leyendo, repetía el Pirata Negro las palabras con los ojos cerrados.

“Están siempre presentes en mi mente las figuras de tres espadachines que un día llegaron a Villefranche. Por el solo hecho de ser amigos tuyos es la razón por la que me son odiosos. Naturalmente que no existe punto de comparación en el odio que a ti te profeso. Jarnac de Lesperruy recibió muerte a mis manos. Uno.

“Tú hundiste mi flota en Villefranche y después eliminaste a “Los Mendigos del Mar”. Tuve que huir y supe hacer saltar mi caballo, que, como buen bruto, obedeció a mí puñal. Fué su corpachón el que recibió el impacto mortal del agua y me resguardó. Nadando, alcancé playa lejana. He ido recogiendo aquí y allá, matando, varios centenares de luises.

“Yo era un corsario rico y respetado. Has vuelto a convertirme en un vagabundo, Lezama. Sólo escribir tu nombre me hace rechinar los dientes. Todo mi afán ha sido encontrar tu pista, y ahora aguardo la llegada de tu amigo el manco pelirrojo. Morirá. Dos…”

Lucientes interrumpió su lectura.

—Sobra ese número. Hasta ahora, en parte, en el resto de su carta, dice sólo verdades. Tú hundiste su orgullo con su flota[2].

—Continúa leyendo.

“Pero quedas tú. Y no ha sido inventada aún la muerte que a tu jactancia bravucona y a tu insolencia inaudita corresponde. Volverás al mar. Yo también. Partiré a las Américas; reharé mi fortuna, pero sólo llevo una idea: mandar en algún barco que aniquile al tuyo, y cuando

estés en mi poder aprenderás a gemir, aprenderás a llorar, aprenderás a sufrir.

“Mientras aguardo tan dichosos días, pláceme disfrutar de un lujoso bienestar al amparo de los que me persiguen, en este castillo de Kerdal. Esta noche dejaré sin servidumbre el castillo; me molesta que tengan tanto cariño a tus amigos, Lezama...”

—La forma de escribir de lo que sigue tiene otro carácter. Pertenece a la misma mano, pero está escrito con nerviosidad.

—Sí. Lo escribió horas después.

Y Carlos Lezama, hundiendo el rostro entre los brazos, escuchó:

“Mi estrella me ha favorecido, Carlos Lezama. Yo no tengo por qué aguardarte, exponiéndome a ser preso por fuerzas del Rey. El mar es ancho y por todas partes me buscarás. Y cuando las olas se desplomen abiertas por el casco de tu velero lanzado en mi persecución, oirás en su susurro ecos de mi carcajada. Pago a tu carcajada burlona. Voy a...”

Y Diego Lucientes se interrumpió en la lectura.

—¡Sigue!—gritó el Pirata Negro.

“Voy a matar a tu madre, Carlos Lezama. Ha sido una feliz idea que se me ha ocurrido en estos instantes, tras escuchar en mi papel de concienzudo lacayo las frases que un tal Humbert ha pronunciado, celebrando que a tu regreso, ella, llamada Esperanza, te descubra su verdadera identidad. Yo me complazco en revelártelo, Carlos Lezama. Esperanza es tu “luz en las tinieblas” y voy a apagarla... para que siempre jamás las tinieblas te rodeen.

“He tenido que detenerme porque la risa muda puso lágrimas en mis ojos. Soy muy sensible, Carlos Lezama.

“No esperaré tampoco al manco pelirrojo. Me llevaré a su sietemesina—la voz del madrileño tembló, y prosiguió leyendo con un esfuerzo—: Pienso llamarla “Satanela” y convertirla, si vive, en una arpía, en un engendro de insanía y maldad. Creo que tendré éxito.

“Mi vida tiene ya sólo una finalidad: burlarme de ti por más que me persigas. Y cada vez que oiga una carcajada parecida a la tuya, mataré al que así se ría, pero seré yo quien más se ría. Porque nunca más reirás, Carlos Lezama.

“Perdona si me despido de ti. Tengo que ir a matar a tu madre. También quitaré de en medio al tal Humbert... Se parece mucho a ti. Es bella, Esperanza; tiene nombre de anhelo íntimo. Cuando ella arañe las sábanas en los estertores de la agonía, me figuraré que araño tu alma.

“¿Dónde está tu carcajada, Carlos Lezama?

“Liam Montbar.”

Diego Lucientes, estremeciéndose de hondo furor, entregó la carta al Pirata Negro, que volvió a esconderla en su cinto.

—Lo siento, señor. Lo siento por el leopardo. Se envenenará cuando degluta al irlandés. Y me cortaré la lengua antes que reprocharte lo que pienses hacer con él. Todo será poco.

—Tengo entendido que el único miedo de Montbar son las fieras. Cuando era sólo un pirata asesino, ya evitaba ir por los interiores de la selva. Quiero que en su muerte sufra mil muertes… Después, quizá vuelva yo a ser quien fuí.

Cuatro días después, surgieron la pequeña isla de Santo Tomás y otros islotes inhabitados. Al anochecer apareció la peñascosa configuración de la isla de las Tortugas, que era, en su costa norteña, semillero de piratas y bandidos de toda laya.

El “Aquilón” enfiló hacia el extremo meridional, y ancló en una bahía poco frecuentada. Los doce hombres de que se componía la total tripulación del velero trabajaron activamente durante toda la noche en la construcción de un gran barracón, por orden del Pirata Negro.

Al amanecer, cuatro paredes de tablas clavadas sobre pies derechos y con techumbre de hojas de palmera, con pequeñas ventanas para la ventilación y en el suelo montones de hierba seca por camastros, formaron el barracón.

Terminada su labor, los doce piratas se agruparon, y Carlos Lezama les miró ceñudamente. Al fin, descansó su mirada en “Cien Chirlos”.

—Vas a ir a la ciudad, guapetón. Te llevarás cuatro lanchas con dos hombres en cada una. “Piernas Largas” mandará en las otras dos. Hay varias bolsas preparadas para que rellenes las cuatro lanchas con cien perdularios de la ciudad.

A media tarde regresaron de nuevo a la bahía las cuatro lanchas, repletas de los clásicos tipos de marinos tabernarios y desecho de bandoleros.

Algunos sólo llevaban como vestido un trapo sujeto por el cinturón, del que pendía un mellado cuchillo. Todos ostentaban una ropa destrozada pero en el ceñidor de cuero no faltaba machete en unos, espada o puñal los más.

Otros lucían entre el cinturón y el cuerpo un hacha muy reluciente y afilada. Pero todos, como si estuvieran en parte uniformados, ostentaban melenas en desorden, barbas crecidas y rostros patibularios, de visible ferocidad.

Esa fué la tropa que "Cien Chirlos" alineó a codazos y puntapiés ante el barracón en cuyo umbral Carlos Lezama observaba a los recién llegados.

Los diez otros tripulantes antiguos del "Aquilón" se apartaron hasta dividirse en dos grupos a ambos lados del Pirata Negro, y en cada grupo se colocaron al frente "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", respectivamente.

Dió el Pirata Negro varios pasos y empezó a andar lentamente por delante de las dos hileras. de reclutados. Al fin regresó al umbral del caserón.

—¿En qué te fijaste para elegirlos, guapetón?

El pirata de rostro horrendo arrugó sus cicatrices en mueca de contento y orgullo.

—En los músculos, como tú haces, señor, y en que supieran manejar puñal. Varios, son artilleros. Todos son bribones de pelea.

—Servirán, menos unos cuantos que te designaré. Escuchadme vosotros, que buscabais barco. En el mío hay buena pitanza—empezó a decir con cara adusta y desdeñosa el Pirata Negro—y habrá grandes botines. Hay también látigo y horca para los que traicionen. Mis diez hombres os vigilarán, porque formaré diez grupos con vosotros, que obedeceréis ciegamente al que designe para mandaros. Mi segundo y lugarteniente es "Piernas Largas". Mi timonel de confianza es "Cien Chirlos". En espera de mis órdenes, os alojaréis todos en este barracón.

El Pirata Negro avanzó de nuevo y fué tocando en el pecho con el índice a diez individuos, en cuyo rostro plasmábase demasiado a lo vivo la más abyecta de las degeneraciones.

—Los que han dejado su pringosa piel apestando en mi dedo, que salgan. Bien, vosotros diez—y el Pirata Negro agitó una bolsa entre cuyas mallas lucía el oro—os podéis ganar esos cien ducados. Serán para el primero que obtenga una pista cualquiera de un tal Montbar.

Carlos Lezama aguardó unos instantes. Cien ducados era una fortuna. Si todos los nuevos reclutados guardaban silencio, es que

ignoraban el actual paradero de Liam Montbar.

—¿En qué te fijaste para elegirlos, otros sabe tan buena noticia, idos los que he destacado como espías. Rodad por todos los infiernos donde anden perdularios como vosotros. Escuchad el rumor de las olas del Caribe. Y el primero que me traiga noticias del llamado Montbar, tiene mi palabra de jefe pirata de que será dueño de esta bolsa.

CAPITULO V

Los métodos persuasivos de Liam Montbar

Con su habitual cautela, Liam Montbar no enfiló directamente la proa de su lancha velera hacia la única ciudad habitada del norte de la isla de las Tortugas.

Aguardó a que anocheciera, y cuando hubieron desembarcado explicó brevemente a Pamela Joy su próxima misión.

—Aquí, en esta espesura, será difícil que te encuentren. Me llevaré sólo las joyas más ricas y el oro más valioso en monedas. El resto y la sietemesina quedan a tu cuidado durante mi ausencia, que no durará más allá de horas: las precisas para ver si Cornichon sigue viviendo en la ciudad. Fué mi segundo hace años.

Liam Montbar, repletos sus bolsillos, dirigióse a través de la playa hacia el poblado habitado exclusivamente por el hampa de las Antillas.

Toine Cornichon envejecía conservándose en vino. Libaba continuamente y dilapidaba ahora los restos en vitalidad y ahorros de su carrera de lugarteniente pirata.

Vivía en una buhardilla instalada en el caserón-bodega de la ciudad. Y cuando una medianoche entró en su maloliente cuartucho la arrogante figura de Liam Montbar, el borracho parpadeó varias veces, antes de creer en lo que veía.

—¿Tú? ¿Tú, mi jefe?—tartajeó—. ¿Sin blanca?—preguntó recelosamente; pero un asomo de sensatez le hizo ver que las vestiduras de Liam Montbar, que seguía silencioso, eran de buen paño y rico corte—. ¿Viniste a visitar a tu antiguo lugarteniente?

—Bebes como un novato, Cornichon. La bebida te perjudicará algún día.

—No te preocupes si me perjudicará o no me perjudicará. ¿Qué

quieres en las Tortugas?

—Ciento cincuenta hombres y un barco.

Cornichon rió a mandíbula batiente, y, para calmar su risa, desde el mismo camastro tendió la mano para succionar ávidamente de un gollete de frasco.

Aplacada su eterna sed, limpióse de un revés de mano.

—Hay precisamente un galeón magnífico capturado ha poco a los ingleses. Y aunque ayer un pirata de rostro monstruosamente cicatrizado se llevó enrolados a cien hombres, quedan muchos libres. Pero... comprar el barco y la tripulación te costaría lo que no creo que puedas pagar. ¿Dónde está tu oro?

—Ahí va una muestra — y Liam Montbar tiró sobre el camastro una bolsa.

Después de contar las cincuenta libras esterlinas en recio oro inglés, que resistió todas sus dentelladas, Toine Cornichon tuvo que beber un nuevo trago para reponerse de la impresión.

—Para ti son, si mañana al amanecer has comprado a buen precio el galeón y tienes reunidos a los ciento cincuenta piratas más resistentes de la ciudad. Volveré apenas apunte el alba.

Al irse Liam Montbar, Toine Cornichon hizo lo que desde años no solía: vertióse en la nuca y en el rostro todo el agua de un jarro, ya mohoso por el desuso. Resopló animadamente.

Y al alba, Liam Montbar contemplaba complacido el galeón “Invict”, de señorial y artística silueta, que se mecía suavemente en el puerto de la ciudad pirata.

Era una magnífica nave. Los castillos de proa y popa terminaban en balaustradas de tallas elegantes; en el de popa sobresalía un voladizo balcón, al que daba el camarote capitana.

Popa y proa, en un alarde de británico orgullo, estaban decoradas con pinturas azules y rojas con discretos toques dorados.

Un monumental farol de hierro repujado se balanceaba a proa, bajo el bauprés, a impulsos del bandeo de la nave.

Y, bajo cubierta, por cada banda asomaban las bocas de doce cañones.

—Yo, en nombre de la ciudad—dijo Cornichon—, he tratado el precio a bajo precio y de amigo, por tratarse de ti. Treinta mil onzas de oro.

—El peso de veinte mil daré en joyas y libras esterlinas. Ni una

onza más. Nadie os lo pagará mejor, y recuerda, Cornichon, que si tú eres viejo borracho, yo soy navegante desde mis quince años.

—No aceptarán. Además, ¿dónde tienes tu oro?

—Te lo diré cuando haya enrolado a mi tripulación. Veinte mil onzas es mi precio por el galeón.

Miró Liam Montbar al centenar y medio de hombres que, alineados en cuatro filas, oían la conversación.

—Si vosotros buscáis oro, oro tendréis a montones, porque yo soy Liam Montbar, el Exterminador No hay mejor navegante en todo el Caribe, que he surcado desde mis quince años. Como prima de enrolamiento, os daré a cada uno diez libras esterlinas, cuando estéis a bordo.

—¿Hay plaza para mí como segundo tuyo, mi jefe? Quiero volver a navegar. Yo sé que tú eres inteligente y que sabes dónde conseguir ricos tesoros. ¿Soy tu segundo?

—Lo eres. Y tú pagarás el precio del galeón a tus representados.

—Sabes ya la costumbre, ¿verdad? Tú, solo a bordo, recibirás la visita del pesador y de diez hombres. La tripulación aguardará abajo. Cuando hayas pagado, abandonarán tu bordo, y entonces subiremos todos tus hombres. Así no cabe engaño por parte ninguna.

—Cierto. Y ya que eres mi segundo, ven conmigo tú solo. Vamos en busca de mi esposa. Vosotros, hombres de mi tripulación, aguardad aquí.

Mientras atravesaban la playa hacia la espesura donde se ocultaban Pamela Joy y el fruto de los asesinatos de Horacia Joy y Jacob Byrdham, Liam Montbar dijo, con acento persuasivo:

—Como segundo mío que eres ya, Cornichon, ¿ves algún medio de evitar el pago del galeón?

—No, mi jefe. Dispararían sobre nosotros si intentáramos zarpar sin el pago. No hay más remedio.

—¿Quién me asegura que no dispararán igualmente?

—Te has maleado, mi jefe. Bien sabes que los piratas cumplimos nuestros convenios. Somos hermanos de profesión.

Pamela Joy salió al encuentro de Liam Montbar y Cornichon. El irlandés señaló su lancha velera.

—En ella abordaremos el galeón por estribor. Por tierra quizá no llegase a bordo con el oro.

—¡Qué desconfiado eres, mi jefe!— protestó Cornichon—. Pero sea como dices. Tú mandas. ¿Es tu hija ese paquete de ropas?

—Tengo la certeza que eso es algo que en nada te incumbe. Sube en la lancha y maniobra la vela.

Instantes después la lancha atracaba a estribor del galeón. Por la escalera de cuerda fué transportando Cornichon los pesados fardos que Pamela le entregaba desde la lancha y que arriba recibía Liam Montbar.

Cuando Pamela Joy y la hija de Diego Lucientes estuvieron ya en la sala capitana, Liam Montbar tendió por babor la escalera. Cornichon hizo varias señales con los brazos abiertos.

Once piratas, uno de los cuales portaba una gran balanza, subieron. La valorización de las joyas y el peso de las libras esterlinas fueron meticulosamente discutidos, y al final el pesador y los diez piratas abandonaron la cubierta.

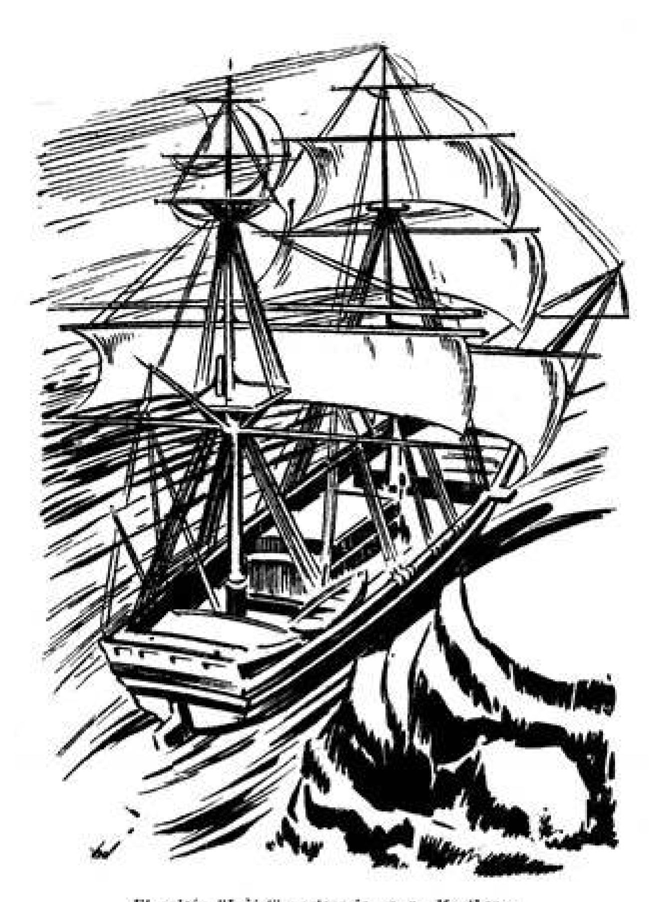
El galeón "Invict" pertenecía ya a Liam Montbar, el Exterminador. Trepando como monos por todos los asideros posibles, fueron encaramándose los ciento cincuenta seleccionados por Cornichon. Cada uno recibió diez libras esterlinas.

—¡Levad ancla!—ordenó inmediatamente Liam Montbar—. Los artilleros, a sus puestos. Los demás libres de maniobra, repartidos en orden de combate.

El "Invict" maniobró ágilmente, demostrando su excelente estructura.

Fué alejándose la configuración peñascosa de las Tortugas, y Liam Montbar permaneció en cubierta durante toda la mañana, estudiando los movimientos de su tripulación.

Toine Cornichon venía de vez en cuando a recoger órdenes de nuevas maniobras experimentales. A cada llegada al puesto de mando, volvía con más titubeos.



El galeón "Infiel" pertenecía ya a Montbar...

Liam Montbar, al mediodía, miró sonriente a Cornichon, que, tambaleándose, le saludó a usanza pirata.

—Bu...buen galeón..., ¿eh, mi... jefe?..

—Excelente. Tú, en cambio, tienes mala cara. ¿Estás enfermo?

Borracho perdido, Toine Cornichon intentó enderezarse.

—Yo... no estoy... borracho.

Liam Montbar echó mano a la cintura y vació el plomo de su pistola en el vientre de Toine Cornichon.

Mientras el beodo se tambaleaba, herido mortalmente, Liam Montbar le dijo en tono persuasivo:

—Ya te advertí que el vino te perjudicaría.

Y, empujando vigorosamente al agonizante, lo arrojó por encima de la borda al mar.

—¡Rumbo al islote de Fenstown, timonel!—ordenó.

En su última excursión corsaria, Liam Montbar supo que Roque Miller, el inglés mestizo, excelente marino que había servido a sus órdenes, habíase casado, retirándose de la navegación para residir en un poblado del islote de Fenstown.

Sería un excelente segundo...

El galeón “Invict” ancló al atardecer ante el poblado de Fenstown, y Liam Montbar consiguió averiguar pronto la residencia de Roque Miller.

Lo halló en un bien cuidado jardín que rodeaba una casita florida con madreselvas y lianas.

Los ojos grises de Roque Miller se alegraron al ver al hombre que, mandándole, le había hecho cometer muchos crímenes, pero también le había enriquecido.

—Feliz día este en que te veo tras tantos años, señor.

—Lo mismo digo, Miller. ¿Ves aquel galeón?

—¡Magnífica estampa! ¡Gran nave!...

—Está vacante el puesto de segundo. Es tuyo.

Roque Miller quedóse unos instantes pensativo.

—Mira, señor, yo, iría contigo... Empieza a aburrirme la vida de cultivador. Pero no puedo.

—¿Miedo del mar, donde nos espera la fortuna?

Roque Miller se irguió, ofendido.

—¡Cierto que no! Añoro la canción de las olas y los gritos de los moribundos. Pero... ¡no puedo!

—Conmigo fuiste el primero en la lucha. ¿Qué te hace vacilar?

—Iría de buen grado, señor. Pero tengo mujer e hija. Y a tu bordo no puedo llevarlas, porque sé que es un infierno defenderlas contra la tripulación, que sólo respeta a la mujer del jefe. Y no puedo dejarlas aquí. Si se quedan solas, cualquiera de los que anclen las raptará o abusará de ellas. No puedo dejarlas solas...

—Debiste empezar por explicarme tu justo temor—dijo Liam Montbar con su voz más persuasiva—. Preséntamelas. ¿Tendrás inconveniente?

—¡Ninguno, señor! Verás que son bellas y no puedo dejarlas solas.

Roque Miller y Liam Montbar entraron en la casita.

Madre e hija saludaron recelosas al sonriente irlandés. Liam

Montbar se inclinó ceremoniosamente, mientras decía:

—Comprendo tu desazón, Miller. Es natural que sientas miedo por tus mujeres. Pero yo te respondo de que nadie abusará de ellas... ¡Y cuando yo lo digo!...

Sin que ninguno de los tres oyentes tuviera tiempo de adivinar sus intenciones, Liam Montbar sacó con rápido ademán sus dos pistolas, que vomitaron sus plomos sobre las dos mujeres. Ni un grito pudieron dar. Cayeron al suelo alcanzadas en plena frente.

Roque Miller, con los ojos perdidos en contradictorios impulsos, parecía una estatua. Se le humedecieron los párpados...

—Ya podrás pensar en ellas sin el temor de que les pase algo malo. Vámonos, Miller. Eres ya mi segundo.

Liam Montbar aguardó unos instantes, sonriendo, pero vigilantes los músculos.

Al fin, Roque Miller irguió la cabeza.

—Era la mejor solución, señor.

Liam Montbar le dió una leve palmadita en la espalda.

—Hombres como tú no abundan, Miller. Por eso vine a buscarte.

Mirando rectamente frente a sí, Miller abandonó la casita.

Y él mismo, cuando estuvo a bordo, reunió a la tripulación y, llameantes los ojos, contó lo sucedido, mientras Liam Montbar escuchaba atentamente.

—...y con ello quiero deciros que con tal jefe nada nos detendrá. También os digo que nada me detendrá a mí cuando alguno de vosotros no cumpla como es debido. Y el “Invict” sembrará el terror en los mares porque nos manda Liam Montbar, el Exterminador.

El irlandés asintió con lenta cabezada a las palabras de su lugarteniente. Señaló a Roque Miller el castillete de mando.

—Ocupa tu lugar. Estoy algo fatigado. Da las órdenes de regreso a las Tortugas. Necesito averiguar noticias de un pirata español, y las aguardaré en las Tortugas.

Al entrar en el camarote, Liam Montbar contempló la ciudadosa atención con que, meciéndola, Pamela Joy adormilaba a la criatura.

—He oído las palabras de Roque Miller —dijo ella admirativa—. Ahora no dudo de que tienes un poder de brujería. Lo sé por dos razones: porque un hombre al cual acabas de quitar el cuidado de preocuparse por su esposa y su hija, y que habla de ti con veneración, tiene forzosamente que estar embrujado.

—No. Es un obtuso sujeto que no sabía si estaba o no enamorado de la vida hogareña. Yo le saqué de dudas. ¿Y la segunda razón?

—Transformaste mi vida con sólo aparecer en ella.

—Halago, Pamela. En tu interior había ya el sedimento de lo que eres. Yo fuí, simplemente, el que despertó tus fibras.

Ella colocó a la criatura en un lecho confeccionado con varias pieles. Levantóse y se acercó al pirata irlandés.

—¿Ha habido muchas mujeres en tu existencia?

—Bastantes. Pero a ninguna amé, porque tenían debilidades y escrúpulos.—Y de pronto, con la mutabilidad propia de su carácter, el irlandés abandonó su tono reposado para murmurar roncamente —: Siento que a ti te amaré infernalmente. Te temo, por el gran amor que ya me inspiras.

—Y en tu amor hallo, también, temor, porque sé… sé que el día que te canses de mí, me matarás.

Ambos, como dos furias sin alma, se abrazaron estrechamente…

En su improvisada cuna, la hija de Diego Lucientes dormía apaciblemente.

Cuando Liam Montbar explicó la historia de su venganza y todo lo referente a Carlos Lezama y el manco pelirrojo, ella mordióse los labios.

—Seré feliz, si yo misma consigo atraer al Pirata Negro. Y en cuanto a la sietemesina, haré de ella lo que deseas. La convertiré en un engendro infernal.

—Bastará que tenga la candidez de tus ojos y tu cerebro.

Y Liam Montbar abrazó de nuevo a la mujer a la cual, por similitud de maldades, quería con toda la perversa complicación de su temperamento, que hallaba eco en el de Pamela Joy.

A la mañana siguiente un repentino temporal obligó a todos los tripulantes del “Invict” a acudir a cubierta para maniobrar bajo las expertas órdenes de Roque Miller.

En el puente de mando, Liam Montbar observaba los manejos de la tripulación. Eran hombres bien elegidos y duchos en su oficio.

Vió que un muchacho cetrino se dejaba caer en un rollo de calabrotes, soltando el cabo de una driza que otro recogió.

Liam Montbar por unos instantes contempló al que en medio del temporal seguía sentado.

Bajó del puente de mando, y, asiéndose a los pasamanos, fué acercándose al muchacho, que no tendría más allá de veinte años.

—¿Mareado, amigo?—inquirió suavemente Montbar.

—No, señor. Estoy cansado. Esta noche me herí en una pierna y la herida se me abre por momentos. Me caigo... No soy de los que gandulean. Descansaré y luego trabajaré doble.

—Haz un esfuerzo y trabaja ahora —dijo amablemente el irlandés.

El muchacho ostentaba en su rostro los estragos de la incipiente fiebre que le invadía. Tenía los labios hinchados y la cabeza se le doblaba hacia delante. Repetía monótonamente:

—¡Estoy cansado! ¡No puedo más!

Liam Montbar le dió un golpecito en la espalda.

—Necesitas descansar. Es cierto. No seré yo quien me oponga. Descansa. Descansa tranquilo.

La bala de la pistola de Liam Montbar entró por la nuca del herido, y de un puntapié lo derribó al suelo.

El temporal amainó media hora después. Roque Miller ordenó tocar la campana que mandaba reunirse a la tripulación.

Liam Montbar, desde el castillete de proa, señaló al cadáver que Roque Miller mantenía en pie.

—No quiero haraganes ni inútiles a bordo. En el "Invict" sólo hay oro y sangre de enemigos para los que cumplan. Arroja a ese desgraciado al mar, Miller.

Cuando el chapuzón indicó que la tumba líquida habíase cerrado sobre el "inútil haragán", Liam Montbar señaló la silueta de las Tortugas.

—Por turnos de diez iréis a tierra. Detesto peleas a bordo. Si os queréis ejercer, matad en tierra. No lo repetiré dos veces. Y mientras termino de preparar los planes para una excursión provechosa, recordad que siempre fueron persuasivos mis métodos.

CAPITULO VI

La encrucijada

Diez horas después de que los recién reclutados que habían sido enviados a inquirir por Montbar, y veinticuatro antes de que Liam Montbar visitase por vez primera a Toine Cornichon, una sombra acercóse por el exterior del barracón.

Detúvose un instante, y al fin vió la hamaca donde el Pirata Negro dormía. Dirigíase la sombra hacia allá, cuando un corpulento individuo se interpuso, asiendo brutalmente por el cuello al que se deslizaba.

—¿Qué buscas por aquí, desconocido?—gruñó “Cien Chirlos” zarandeando al visitante.

—Suélta... me. Soy de los que envió tu jefe por noticias de Montbar. Y vengo a por los ducados.

A regañadientes soltó “Cien Chirlos” al portador de noticias. Le condujo a empellones hasta la hamaca. Despertóse instantáneamente el Pirata Negro.

—Hola, guapetón. ¿Qué me traes?

—Un bergante bribón que dice que sabe de Montbar, señor.

Saltó en pie el Pirata Negro y de nuevo el portador de noticias vióse zarandeado peligrosamente.

—Son cien ducados o cien puñaladas—masculló torvamente Carlos Lezama—. El dinero, si adivino que dices verdad. El puñal, si hay trampa traidora en tu informe. Y puedes aún callártelo, si trampa es. Tengo olfato para los traidores. Habla si no lo eres.

Y el Pirata Negro soltó al asustado mensajero, que con sinceridad expuso lo que había averiguado.

—No hay mentira en lo que voy a decirte, señor. Fuí de taberna en taberna y encontré a un compañero mío. Hace solamente tres

días vino procedente de la ciudad de Crecelle, en la isla francesa de la Guadalupe. Y me ha afirmado que en la "rúa Mulatresse" vive Montbar. Lo oyó muy claramente... Montbar...

—Dale los cien ducados, guapetón. Y reúne a todos. Zarparemos inmediatamente.

—No hay más que tres casas en aquella "rúa", señor—amplió agradecido el informante. Es la última según se entra del arrabal del puerto.

Cuando Carlos Lezama atravesó la pasarela que unía la cubierta del "Aquilón" con la playa, oyó los rugidos del leopardo preso.

—Calma, "Satán"—murmuró roncamente—. Pronto saciarás tu hambre.

Diego Lucientes, con afectada indiferencia, vino a colocarse junto al Pirata Negro en el puente de mando, mientras la tripulación entera se dedicaba a los preparativos de salida.

Llevaba ya un cuarto de hora navegando el "Aquilón", cuando Carlos Lezama salió de su ensimismamiento y pareció fijarse por vez primera en el madrileño.

—Liam Montbar reside en la Crecelle, un poblacho de la isla francesa de la Guadalupe.

—Recuerda que el poblacho no tiene la culpa. ¿Piensas asolarlo y desembarcar a toda tu jauría de nuevos lobos?

—Yo y tú bajaremos. Sólo a ambos nos interesa Montbar. Si está rodeado de vigilancia, hallaremos el medio más seguro de cogerlo en vida. Recuerda tú también que por nada del mundo debes tocarlo, mientras yo respire. Es mayor mi agravio que el tuyo.

—Cierto. Y hablando de agravios, sabrás que Karmi, al crepúsculo, me hizo una confidencia. No saldrá para nada de su camarote. No quiere verte. Dice que ha soportado ya el máximo de lo que su capacidad de amor podía sobrellevar.

El Pirata Negro contempló por unos instantes el rostro de Lucientes. Sin sonreír comentó:

—Apostaría que es consejo tuyo, estudiante. ¿Cómo he de decirte que mientras no termine con Montbar ella no existe para mí?

—¿Cómo he de decirte que cuando termines con Montbar, puedes encontrarte con la desagradable novedad de que Karmi, irreparablemente herida por tu desvío, no quiera ni siquiera oírte?

—Tómalo a orgullo, "Medio Brazo", pero sé que ella me quiere, y necesito su cariño... después. Y ella me lo dará.

—Tanta seguridad es ofensiva. Desgraciadamente—y el madrileño se encogió de hombros—creo que tienes razón. Ella te quiere, y sólo anhela que tu primera sonrisa sea para ella.

El "Aquilón" con todas sus velas desplegadas, alcanzaba el máximo de su velocidad rumbo a la isla de la Guadalupe, y quedó al pairo cuando veíase muy lejana la silueta de la isla francesa.

Y en un paraje desierto, desembarcaron solos en plena noche Carlos Lezama y Diego Lucientes.

Un impaciente furor ciego hacía andar apresuradamente al Pirata Negro hacia las escasas luces del poblado de la Crecelle.

—Citaré de nuevo tus frases, señor pirata. La cólera anubla la inteligencia. El odio resta aptitudes. Para vencer al enemigo hay que aventajarle en serenidad. Muere siempre el que se deja dominar por la pasión...

—Bien está, dómine pedante. Acalla tu saco de vaciedades.

—No hago más que repetir tus frases aleccionadoras.

El poblado de la Crecelle dormía. La última casa de la calle Mulatresse, era un vetusto edificio de bajo techo y cerradas ventanas.

El Pirata Negro trepó ágilmente por el muro posterior... Diego Lucientes imposibilitado por su brazo inválido, acercóse a la puerta cerrada, con la zozobra inundando su estómago, órgano donde se reflejaban sus temores.

Daba por descontado que en la callada mansión había celada. Un hombre como Liam Montbar no iba a dormir solitario en una casa sin vigilancia.

El Pirata Negro, llegado al tejadillo, halló una lucarna que, de día, tenía por misión dar luz a una galería. Levantó despacio la cristalera, que abatió tan silenciosamente como la abrió sobre su cabeza.

En la diestra su espada, y en la zurda la pistola, caminó a lo largo de la galería, prestando oído al menor rumor.

Todo era silencio en la obscura casa. Habitación por habitación, sólo revelaron un vacío completo...

De pronto el Pirata Negro tensó todos los músculos. En la última habitación, la más cercana a la puerta, una rendija de luz se filtraba

bajo una puerta.

Un bufido y un roce entre sus piernas, hizo mirar al suelo al Pirata Negro. Sus ojos habituados a la penumbra vieron un gato gris corriendo hacia la puerta, que empujó con prudente cabezazo.

Acercóse Carlos Lezama y, pegado al muro, pudo atisbar el interior de la reducida habitación iluminada.

Una anciana, alta y de majestuosa presencia, vestida de severo ropaje de terciopelo gris obscuro, leía sentada en un sillón. La llama de una vela reflejábase en sus verdes ojos...

Prorrumpió en un leve grito al ver entrar al Pirata Negro. El gato gris que se había ovillado en su regazo, arqueó el lomo bufando...

—Perdonad, señora — dijo Lezama en excelente francés—. No os alarméis si allané vuestra morada llevado a error por un falso informe.

—Vuestro lenguaje no se acomoda a vuestra manera de presentaros dijo con dignidad la anciana—. ¿A quién buscabais? ¿Quién sois?

Y de pronto fijóse la anciana en los aretes de oro que horadaban los lóbulos de Lezama.

—¡Un pirata!—y sonrió con desdén—. No es aquí donde hallaréis a Liam Montbar. Hace años, muchos años, que se olvidó de mí.

—¿De vos, señora?—y repentinamente, contemplando los verdes ojos de la anciana y sus rasgos aún hermosos, palideció Lezama intensamente. Avanzó varios pasos.

—Yo soy quién pregunta, señora. ¿Quién sois?

—La madre del que no dudo que será uno de vuestros compañeros de crímenes. Os habéis equivocado. Liam Montbar hace más de diez años que no ha aparecido por aquí. Y Liam me amaba, al menos, como él puede amar.

El Pirata Negro dobló el brazo, presentando su codo.

—Os ruego que me acompañéis, señora.

—No veo razón por la cual haya yo de acompañar de buen grado a ningún pirata—rechazó ella con altivez.

—Yo os puedo llevar donde Liam esté.

—Si vinisteis aquí, es que no sabéis dónde se halla.

—Pero pronto daré con su paradero. Y quizás se alegre de veros.

—El, no sé. Yo, sí. ¿Y por qué tenéis interés en que yo me

entreviste con él?

El Pirata Negro se acarició el fino bigote. Sentía sus mejillas encenderse de un extraño calor cuando dijo:

—Liam me habló a veces de vos. Sé que no se atreve a veros, pero, por la amistad que le profeso, quiero reservarle esa sorpresa.

—Antes estabais pálido como un cadáver y ahora vuestras mejillas ostentan rubicundez.

—Antes, al oír que vos erais su madre… pensé en la mía. Y ahora, en el fondo, me reprocho ese sentimentalismo.

La explicación convenció a la anciana. Se levantó.

—Pensaba morir aquí sola y abandonada. Dios quiera que logre conducir de nuevo a Liam por otros caminos, que nunca debió abandonar. Y también sólo Dios sabe que por nada en el mundo hubiera consentido en acompañaros. Pero habéis citado la amistad que profesáis a mi hijo.

Diego Lucientes, al ver que la puerta se abría, amartilló su pistola, dispuesto a todo. Sorprendido, poco faltó para que su índice disparase bajo la intensa estupefacción que le produjo ver apoyada en el brazo de Carlos Lezama a una anciana de arrogante presencia.

—Mi lugarteniente, señora.

Ella inclinó levemente la blanca cabeza, y Diego Lucientes destocóse el tricornio. Echó a andar tras la pareja que inesperadamente le había sumido en el más hondo estupor.

En la lancha remada por tres piratas, Diego Lucientes esperaba con impaciencia subir a bordo, y saber qué misterio había en la digna apostura con la que la anciana, manteniendo erguida la cabeza, no manifestaba el menor recelo de viajar con aquella compañía, poco apropiada para escolta.

Cuando la anciana entró voluntariamente en el propio camarote de Carlos Lezama, y éste regresó a la sala capitana, Diego Lucientes tamborileó impacientemente con los dedos sobre la mesa.

—Habla, señor. ¡Repámpanos! Fuimos en busca de Liam Montbar, y regresamos con una anciana que parece una estampa de marquesa francesa.

—Es la madre de Liam Montbar— dijo roncamente el Pirata Negro.

Diego Lucientes levantóse a medias, crispado el rostro en mueca de febril incredulidad.

—¡No... puedo creerlo!

—Ella misma lo afirmó. ¿No has visto sus ojos verdes? Si tuvieras, como yo, el menor de los rasgos faciales de Montbar grabado al hierro candente en tus fibras enteras, verías que es la madre de Liam Montbar.

—¡No lo creo! ¡Tú no puedes siquiera pensar...!—y Diego Lucientes abatido volvió a sentarse, murmurando: —¡No puedes, señor hidalgo Lezama! ¿Qué monstruosa idea ha germinado en tu loco cerebro?

—¿No mató él a mi madre?

—¿Tiene ella la culpa de eso?

—¿La tuvo la mía de ser mi madre?

—Pero tú eres de diferente calaña que Liam Montbar. Tú ansiabas querer a una madre. Liam Montbar no.

—Ella misma confesó que su hijo la quiere. Y cuanto yo he sufrido, lo va a sufrir Montbar, porque he hallado, por fin, un punto vulnerable en su coraza sentimental.

—¡Locura! ¿Tendré que arrodillarme para rogarte que vuelvas a dejar en tierra a esa mujer? Es una mujer, señor hidalgo... Recuerda a Jarnac; recuerda tu noble sangre española. Si a ella le infieres algún daño, intentaré matarte, y si no lo logro, moriré odiando lo que hasta hoy era mi mayor orgullo: el haber nacido español, porque en España los mismos bandidos como tú y como yo, pelean y matan, pero respetan siempre a la mujer. Y sobre todo, hasta el peor de los bandidos españoles, dobla la rodilla ante una madre. Recapacita, Carlos Lezama. Estás en una encrucijada.

—He decidido que Liam Montbar sufra lo que yo sufrí.

—¿Harás llorar a una roca?—y el madrileño manoteaba su brazo válido con desesperación—. ¿Crees, acaso, que herirás a Liam Montbar, malhiriendo a una mujer porque ella es su madre? Estás en una encrucijada, pirata. Elije entre convertirte en un despreciable asesino, o seguir siendo el genial e intachable bandido sin reproche. Por ladrón no pecas, porque redimes tu aventurera vida con la protección del débil y eres justo.

—Ella debe morir... como *ella* murió...

—Los hombres vengan sus odios entre sí. Si Montbar no lo hizo, ¿vas a igualarte con él?

El Pirata Negro acercóse a la puerta del camarote, tras la que

había dado aparente hospitalidad a la anciana.

Diego Lucientes, lívido y sudoroso, intentó interponerse entre la puerta y el Pirata Negro. Este, de un poderoso empujón, separó al manco pelirrojo, y precipitadamente entró en el camarote cuya puerta cerró tras sí con estrépito.

Dianne Montbar miró como fascinada el semblante huraño de Carlos Lezama. Sus labios temblaron al decir:

—Os he oído. La voz de vuestro compañero sonaba con fuerza. La vuestra más apagada... Pero la he oído también.

—¿Sabéis, pues... la suerte que os espera?

—No puedo invocar la conciencia de un hombre como vos. No porque seáis un pirata... Me refiero a que sois el hombre privado de madre... por Liam Montbar.

—Si es innegable que hay cierta valentía en Liam Montbar, de vos la heredó. Pero, decidme: ¿de dónde heredó su maldad?

—Decidme vos: vuestra madre ¿os educó para pirata?

El Pirata Negro abrió la puerta con salvaje violencia. Ofreció su brazo a la anciana:

—Permitidme que os acompañe de nuevo, señora. Tenéis razón. Mi madre no me educó para ser pirata. Veis bien a las claras que no sirvo... para matar mujeres... cosa que es propia de todo pirata.

Dianne Montbar apoyó su mano temblorosa en el brazo de Carlos Lezama. Mudas lágrimas perlaron sus verdes ojos.

—Perdón os pido... en nombre de él...

—Vos no tenéis la culpa, señora. Pero, ¡por favor!... ¡No me habléis de Liam Montbar! Veo tan sólo a una dama de blancos cabellos... como los de otra dama llamada Esperanza Heredia...

Diego Lucientes llevóse la mano a la garganta para deshacer el nudo que en ella sentía. Y sin pedir parecer al Pirata Negro, entró también en la lancha...

Al tocar tierra de nuevo, Lezama ofreció su brazo a la anciana.

Y en silencio, los tres desanduvieron la anterior caminata. Cuando Dianne Montbar estuvo frente a la puerta de su casa, cogió la diestra del Pirata Negro.

—Consumad vuestro sacrificio, caballero. Entrad. Que os acompañe también vuestro lugarteniente. Quiero que ambos veáis mi favorita sala. Quiero que veáis el lugar donde paso la mayor parte de mis días, en espera de la muerte que ha de consolarme. No

lo rechacéis, caballero Lezama. Llevad al final vuestra galantería española.

La anciana condujo a los dos piratas hasta una salita donde rezaba mudamente ante una Virgen Inmaculada iluminada por dos velas.

—En mis oraciones pido siempre por las almas descarriadas. Invoco la Infinita Misericordia para que ella conceda paz a los espíritus atormentados en otra vida mejor.

Cerró la puerta del oratorio, y temblándole los labios, susurró:

—¿Tenéis madre, señor lugarteniente?

Diego Lucientes, cohibido, denegó con la cabeza.

Dianne Montbar avanzó y, colocando sus dos manos sobre los anchos hombros del mutilado, aplicó un beso en la frente de Lucientes.

—Que siempre sigáis teniendo la bondad de vuestros pensamientos.

Carlos Lezama retrocedió un paso cuando la anciana se dirigía hacia él.

Ella, tristemente, inclinó la cabeza, aureolada de blancas hebras.

—Quisiera, caballero Lezama, maldecir a mi hijo. Pero… es mi hijo. En el perdón hallaríais consuelo…

—Buenas noches, señora. Pronto amanecerá, y mis hombres corren ya peligro.

—¿Os iréis, dejándome la impresión de que me odiáis?

El Pirata Negro asió bruscamente la diestra de la anciana que apoyó en su frente ardorosa, y dando rápida media vuelta, abandonó la estancia, mientras Dianne Montbar, llorando, contemplaba su mano, donde aún duraba la tibieza de la frente febril, que en ella se había rozado.

Y entró en su oratorio para rezar por las almas descarriadas de los espíritus atormentados…

Durante unos diez minutos caminaron en silencio los dos piratas. Cerca ya de la playa, Diego Lucientes aspiró con deleite la brisa marina.

—Espléndida noche, señor hidalgo Lezama. Hay doble fulgor en las estrellas, como cuando tras la más temible de las galernas, un barco de noble estructura y buen fondo ha atravesado una encrucijada siniestra y ha salido victorioso de un paso tormentoso.

CAPÍTULO VII

Una mujer en peligro

Liam Montbar durante el periplo que de nuevo conducía al “Invict” hacia la ciudad de la isla de las Tortugas, explicó a Roque Miller el implacable encono que existía entre el Pirata Negro y él mismo.

Terminado su relato, Roque Miller dijo sentenciosamente:

—Las olas del Caribe hablan. El “Aquilón” es muy conocido, y nuestros hermanos rehuyen el combate con él. Si crees que el Pirata Negro salió en tu persecución, pronto tendrás noticias de su paradero.

Y la profecía de Roque Miller se cumplió a los cinco días de anclaje del “Invict” en aguas de la bahía principal de las Tortugas.

El propio Miller, deambulando por una de las callejuelas, oyó un nombre entre el fárrago de una conversación que sostenía un grupo de piratas detenido en una esquina.

Se aproximó y escuchó atentamente. La conversación fué instructiva. Roque Miller regresó a bordo e, instalado ante Liam Montbar y Pamela Joy, explicó el resultado de su audición.

—Uno de los piratas contratados por el individuo del rostro surcado de muchas cicatrices, regresó hace una semana preguntando sin cesar por quién le daría razón de ti. Entonces, aún no había llegado. Al que preguntaba también le preguntaron. Dijo que en la bahía del Tritón, había anclado un buque velero. A bordo mandaba un pirata español, y toda la recluta era para él. También había a bordo una mujer: Una bellísima zíngara que es la esposa del pirata español.

—¿Y ese pirata español es...?

—El hombre que te persigue.

—Tenemos que darle un nuevo motivo de alegría, Miller. Elije los diez mejores de tus hombres, y habrá cincuenta libras esterlinas para cada uno cuando regresen con la zíngara.

* * *

Karmi seguía encerrada en el más absoluto de los aislamientos voluntarios.

Acudió a abrir esperanzada cuando oyó llamar a su puerta. Disimuló su desilusión al ver que era Diego Lucientes.

La amplia sonrisa granujienta del madrileño precedió a sus palabras.

—Poco a poco, volverá a ser como antes, Karmi. Pero tú no debes enterrarte en vida. Eres flor acostumbrada a la caricia del sol y de la brisa. ¿Quieres amustiarte y que al renacer de nuevo la sonrisa en Carlos Lezama, seas un arrugado fruto de invernadero? Ven conmigo a tierra. Respirarás olor de verdores silvestres y el aire salobre besará tu cutis... en espera de los besos de tu esposo.

—¿Y "él"?

—¡Repámpanos! ¡Tanta sumisión es ya un exceso! Al pirata remiso, démosle zíngara rebelde y orgullosa. Vas a hacerme el honor de apoyar tu mano de maravilla en mi tosco brazo útil. Y en esta mañana de sol, los pájaros cantarán armonías inspiradas por la armonía de tus encantos.

—Palabras parecidas me decía antes "él"—suspiró la zíngara con nostalgia.

—Me las enseñó.

—Mientes, "Medio-Brazo" —sonrió ella mientras salían a cubierta—. Me dijo Carlos que eres poeta... y borrachín.

—Las rimas y el licor arrullan mi existencia.

En tierra, cerca del barracón, vieron la silueta del Pirata Negro que les contemplaba cejijunto.

—Quizás se irrite si paseo contigo sin su permiso—dijo ella inquieta y en voz baja.

—¿No has pensado que quizá los celos le conduzcan a dos soluciones prácticas? Dos soluciones que siempre redundarán a favor tuyo.

—¿Sí?—y puso en la pregunta todo su anhelo, mientras, enlazado su brazo al del madrileño, se internaba en la espesura.

—Es muy sencillo. Es de una clarividencia rayana en el delirio.

Una de dos: o roído por los celos recuerda de pronto que eres su esposa... o me mata.

—Si te matase... nunca se lo perdonaría.

—Yo tampoco.

Diego Lucientes continuó prodigando sus chanzas con la sola finalidad de hacer sonreír a la atribulada zíngara. Y de pronto, enmudeció...

Su agudizado oído acababa de percibir el roce de unos pasos cautelosos.

—¿Quién va?

El ataque simultáneo de los diez piratas enviados por Roque Miller fué parado por el relámpago circulante del acero desenvainado del estudiante.

Atentos a no herir a la que debían raptar, los diez piratas acosaron al madrileño, que, recibida una estocada en un muslo, iba a sucumbir ante la superioridad enemiga, cuando un aluvión humano irrumpió disparando simultáneamente sus dos pistolas de doble cebo.

"Cien Chirlos" prodigaba con imprecaciones furiosas toda la gama de sus marrullerías... Su corvo sable de abordaje y su puñal entraron en acción.

Diego Lucientes halló fácil camino para su hábil espada en el desconcierto que el brusco y repentino ataque de "Cien Chirlos" había suscitado en los piratas de Liam Montbar.

Cuando la espada del madrileño abatía a su último contrincante, ya "Cien Chirlos", cabalgando el postrer enemigo, machacaba con insistencia el cráneo del vencido contra el duro suelo.

Se levantó cuando cesó toda resistencia...

Todavía jadeante, examinó atentamente a la zíngara, que si bien se apoyaba temblorosa en Diego Lucientes, no ostentaba ninguna herida.

—Os seguí — explicóse torpemente "Cien Chirlos"—. "El" me dijo una vez que yo debía ser tu sombra, señora.

—Muy buena sombra, guapetón aprobó Lucientes—. Porque la mía no hubiera bastado.

Karmi estremecióse de nuevo. Esta vez era motivado por la silenciosa aparición del Pirata Negro, que contempló a los diez hombres que yacían por el suelo.

—Gran faena. ¿Qué ha ocurrido?

—Nos atacaron, Carlos—empezó a decir ella.

—Pregunto a “Cien Chirlos”, Karmi. Si supiste traerla aquí, Diego Lucientes, ¿puedo esperar que tu inteligencia bastará para saber acompañarla sin más peligro a bordo?

Diego Lucientes no rechistó. Ella irguió la cabeza.

—Más hubiera valido que esos hombres me quitaran la vida —dijo la zíngara rabiosamente—. ¡Vámonos, Diego Lucientes! Y ciega me quede si vuelvo a suplicarte, Carlos Lezama.

“Cien Chirlos” encogió la cabeza entre los hombros cuando, tras varios segundos de silencio, en los que Lezama vió partir a la pareja, oyóse preguntar:

—¿Por qué eres tan zote, guapetón? Matas como una fiera sin sesos. ¿No comprendes que a estos hombres los mandó alguien? ¿No comprendes, ¡maldito seas!, que no pensaban atacar en tan corto número a la tripulación de nuestro velero? Venían sólo a raptar a mi esposa… y tan sólo Liam Montbar pudo ordenarlo. Y si hubieras dejado al menos uno solo con vida, sabríamos ahora dónde anida Liam Montbar.

—Yo… pues creí que eso es lo que te gustaría, y al último con el que me las entendí, sólo le toqué el tambor contra el suelo. Es ese de las calzas negras. Cuando se le marche de la calabaza el sopor, te dirá cuanto quieras.

Carlos Lezama palmoteó reciamente el hombro de “Cien Chirlos”.

—Te has ganado otra vez tu antiguo puesto de segundo, valiente. No ya por haber salvado de la peor suerte a mi esposa, sino por haber sabido contener tus impulsos de quebranta huesos. En lo sucesivo, “Piernas Largas” volverá a hacerse cargo del timón.

—Gracias, señor — y para demostrar su honda alegría “Cien Chirlos” insinuó: —¿Pincho al mozo para que hable antes, señor?

—Si he aguardado horas y horas, bien puedo aguardar minutos.

El enviado de Miller que había salvado la vida, se incorporó a medias, mirando estupefacto a su alrededor mientras trataba de recuperar la coordinación de sus pensamientos.

Cogiéndolo por el cuello de su camisa de piel, el Pirata Negro lo izó en vilo.

—¿Te mandó Liam Montbar a raptar a la mujer que antes

atacaste? Habla pronto.

—Yo cumplí órdenes.

—Bien hecho, aunque mal las has cumplido. ¿Y dónde aguarda tu jefe?

—A bordo del galeón “Invict”, en la bahía de la capital.

—¿Es suyo el galeón?

—Sí.

—¿Cuántos hombres manda?

—Centenar y medio.

—Menos diez, ciento cuarenta—y el Pirata Negro soltó despreciativo al rufián, que cayó al suelo—. Desafíalo, “Cien Chirlos”, y acaba pronto.

Cincuenta metros más allá, “Cien Chirlos” reunióse con su jefe.

—Calló para siempre, señor. No podrá informar a tu enemigo. ¿Quieres que intente traerte a ese Montbar de mis muchos pecados?

—Vamos a intentarlo juntos, guapetón. Aquí te aguardo. Advierte a “Piernas Largas” que tú y yo vamos de paseo. Que redoble la vigilancia y me responda del “Aquilón” y de mi esposa.

Regresó prontamente el lugarteniente y, mientras andaban, Carlos Lezama preguntó para entretener su impaciencia:

—Si hay ciento cuarenta hombres a bordo del galeón, ¿qué idea sugieres para subir a cubierta?

—Sugerir, como sugerir, no es mi fuerte, señor, porque no entiendo la palabreja. Pero tengo una idea. Voy, subo a bordo y digo que voy a venderte. El Montbar viene conmigo y te lo acogoto...

—Tu idea daría quizá resultado con otro que no fuera Montbar. Con él, quien sería acogotado serías tú. Y eres un pollino apestoso, pero en el fondo te aprecio. ¿Sabes lo que significa la palabreja “aprecio”?

—Que no me das mal precio... que yo... pues no te soy odioso.

—Me pasa contigo lo que con el pelirrojo. A punto estoy muchas veces de descalabrarte, y siempre recuerdo que la descalabradura de tu rostro es símbolo de tu fidelidad.

—Como el brazo que le falta al pelirrojo, es porque te es fiel también. ¿Puedo decirte algo sin que me zarandees, señor?

—Habla. Entretienes la caminata.

—Yo..., pues, recelé del pelirrojo. La señora sólo te ama a ti,

pero es bellísima, dice el chiclanero. Y..., pues, me temí que el pelirrojo anduviese enamorándose de quien es... tan “inenamorable” como... no sé qué. Porque es tu esposa. Pero, yo escuché cuanto hablan... y él no hace más que hablar bien de ti... y ella venga a suspirar por ti.

—Habla de otra cosa, ¿quieres?

—Soy un pollino, ¿verdad, señor? Pero, mira, tú que eres listo y no hay inteligencia como la tuya, ¿qué cosa crees que es la que yo prefiero de la vida?

—Tu barriga.

—Pues que en canal me la abran, si con ello vuelves a reír, señor.

—¿Hay en mi risa cascabeles que cosquillean tu tripa, bellaco? Cierra el hocico, y no hables más.

Un cuarto de hora después de un continuo silencio, el Pirata Negro dió un brusco empellón al cabizbajo lugarteniente, cuyo rostro se arrugó en múltiples arrugas.

Era su forma de sonreír, porque el empellón era una muestra de aquel “aprecio”.

—¿Crees, pollino, que no os comprendo a Karmi, a ti y al pelirrojo? Sois mis tres afectos, en distintas escalas. Pero ahora sólo tengo un pensamiento: Exprimirle hasta el último aliento a Liam Montbar.

—Exprímelo pronto, señor, y déjame luego patear las “estrujaduras”.

Al crepúsculo, Lezama y “Cien Chirlos” otearon desde lejos la silueta del galeón, que destacaba entre otras dos naves menos poderosas.

—¿Me dejas ir a la ciudad a informarme, señor? Yo no soy conocido. Tú, sí.

—¿Qué conseguirías con ir? ¿No sabemos ya que a bordo de aquella nave está Montbar? Y atacarlo con el “Aquilón” sería de asnos. Su artillería no me importa. Temo, únicamente, a que en el combate pereciera él... y no puede morir como un luchador. Debe morir como el asesino traidor que es.

—Déjame intentar averiguar algo, señor. Yo solo lograré quizás informes que te plazcan.

—Media hora tienes, guapetón. Te aguardo aquí.

"Cien Chirlos", rebosante de mala intención y de voluntad, recorrió el malecón del puerto. Fijábase en todo aquel que, por su andar titubeante, manifestase un exceso de libaciones.

Obtuvo gruñidos por respuesta, pero el tercer beodo con que se tropezó era locuaz.

—Tu "morro"... no me es desconocido... ¿Dónde te vi... antes de ahora?

—Ayer nos emborrachamos juntos.

Aquella declaración hizo que el beodo se abrazara a "Cien Chirlos".

—¿Y cuándo repetí... timos? Yo no bebo por vicio... bebo para olvidar a la inglesa de Montbar. La de los ojos como cielo, mejillas como... la rosa... y piel como la leche que... le da a la mamoncilla.

—¿Qué lío es ese? ¿Quién es esa inglesa, maldita sea?

—La esposa de Montbar... Su amorcito..., porque Montbar es jalea pura... por su Pamela... Pamela se llama..., ¿te das cuenta? Pamela.

—Yo quisiera regalarle algo a Pamela, pero si subo a bordo, su marido me lo impediría.

—¡Ah, bribón... bribón! ¿También tú bebes para olvidarla o para recordarla?

—Bebo, ¡maldita sea!, para encontrarla a solas.

—Te... juegas la vida..., compadre. Ella sale con la niña todas las noches a pasear y... mercar leche fresca. Pero la rodean cinco... perros, que el otro... día me empujaron porque yo... me acercaba.

Esta vez el empujón no se lo dió la escolta de Pamela Joy, sino su propio compañero de confidencias.

Más que correr fué un galope desenfrenado el que llevó "Cien Chirlos" hasta caer de rodillas, resoplando, junto al Pirata Negro.

—¡Está casado, señor! ¡Con Pamela, una inglesa! Sale por las noches a mercar leche para la niña. Lleva escolta de cinco perros... Y es comidilla de la ciudad que Montbar quiere como un verdadero "energúmeno" a la Pamela. Pero el tuno no baja a tierra.

—Estás en tu día de aciertos, guapetón. Escúchame con atención: Primero has de traerte aquí dos caballos. Después...

* * *

Pamela Joy, precedida y seguida por la escolta, descendió la pasarela del "Invict". Llevaba en brazos a la hija de Diego Lucientes

porque sabía que “las olas del Caribe” transmitirían la noticia a los interesados.

Su esbelta belleza inspiraba muda admiración en los más toscos y depravados piratas, que, engañados por su apariencia lilial, llegaban a creer que, más que voluntaria esposa de Liam Montbar, era una resignada prisionera.

La escolta que velaba atentamente por ella, apartó con rudos empujones a un grupo de varios hombres que discutían acaloradamente en el centro de la calle.

Fué la propia Pamela Joy la que ordenó a los hombres de su escolta que cesaran en prodigar golpes. Y acercóse a uno de los que más reciamente discutía.

—Te oí hablar, buen hombre. ¿Di, quieres repetirme lo que decías?

El interpelado, un hombretón de corpulenta musculatura y rostro surcado de una pléyade de cicatrices, ostentó una evidente confusión.

—Ya... ya no me acuerdo, señora.

Era una lección tan bien aprendida, que el mismo “Cien Chirlos” se enorgulleció de ser tan buen discípulo de su maestro, el Pirata Negro.

—Yo te ayudaré—insistió Pamela—. Decías que tú solo te creías capaz de apresar al pirata español llamado Carlos Lezama. ¿No será una fanfarronada de hombre ebrio?

—Por mi salud, que en todo el día no he probado gota de mosto, señora. No hablaba por hablar. Lo que digo lo “redigo”.

Pamela Joy vió ocasión de intentar, con poco riesgo, algo que llenaría de goce al hombre que amaba.

Hizo una seña para que su escolta se apartara del grupo, y sosteniendo siempre en brazos a la niña, anduvo con “Cien Chirlos” a su lado.

—Demuéstrame que no hablas por hablar.

—Es que, señora, mi noticia vale oro. ¿Quién me pagará?

—Yo misma. ¿Cuál es tu noticia?

—El pirata Lezama ronda la ciudad. No ha mucho le he visto agazapado allí... Pero yo solo no pude atacarle, aunque me tiente la recompensa que sé que el señor Montbar me daría.

Pamela Joy inspeccionó el rostro desprovisto de toda

inteligencia de “Cien Chirlos”. Aquel hombre era incapaz de urdir la menor trama que contuviera un adarme de sensata imaginación.

—Escuchadme—dijo a los piratas. —Fingiremos pasear por el exterior, y al acercarnos al paraje designado por ese buen hombre, intentad apresar a quien allí se oculte.

“Cien Chirlos” sintió vehementes deseos de lanzar una exclamación de alegría. Pero, conteniéndose, siguió los pasos de la mujer.

Y coincidiendo con un leve silbido, “Cien Chirlos”, como un molino de furiosas aspas, repartió atroces puñaladas, mientras un torbellino armado de espada atacaba de frente a los piratas de la escolta.

Los dos mejores luchadores del “Aquilón” no tuvieron la menor dificultad en reducir al definitivo silencio a la escolta. Y cumpliendo su cometido, “Cien Chirlos” se cuidó de que a la niña nada le ocurriera, manteniendo inmovilizados los brazos de Pamela Joy.

—Coge la niña, guapetón. ¡Aprisa! Y vos, sin resistencia, seguidme.

Pamela Joy hurgó bajo su esclavina de pieles que le llegaba hasta la cintura. La diestra del Pirata Negro se apoderó del estilete que la inglesa iba extrayendo con lento ademán.

—Sin resistencia inútil, señora.

Enlazándola por el talle, el Pirata Negro montó a caballo. Llevando a la niña como si soportara una frágil lámina de oro que pudiera quebrarse en mil pedazos al menor soplo, “Cien Chirlos” cabalgó el segundo caballo, y los dos piratas emprendieron a todo galope el regreso a la bahía meridional donde el “Aquilón” anclaba.

Diego Lucientes miró con ojos de pasmo a la pequeña figurilla arropada en blancos encajes y lienzos, que “Cien Chirlos” acababa de depositar en los brazos del Pirata Negro.

—Es tu hija, Diego Lucientes. A ti te pertenece sostenerla.

Torpemente recibió el madrileño en los suyos al pequeño fardo, del que brotó un tenue lloriqueo. Con su medio brazo como cuna, y el otro como paralizado, Lucientes buscó con la mirada un lugar donde poder depositar aquel “objeto” cuyo manejo desconocía.

Dirigióse al camarote ocupado por Karmi, llamó y cuando ésta hubo abierto, entregó la criatura sin una palabra de explicación, rogando a la zíngara que se quedara con “aquello”…

Karmi, con la criatura en brazos, cerró la puerta.

Pamela Joy tenía el más modesto de los continentes. Había oído la relación de la trampa, contada por "Cien Chirlos".

—Muy bien, guapetón. Vete a cubierta y eres mi segundo definitivo. Lamento, señora, haber tenido que emplear tal artimaña, pero no nací para andar pisándole los tacones al reptil de Montbar. Es él quien vendrá a mí para recobraros.

—Triste es mi sino, que de raptor en raptor me conduce.

La entonación de Pamela Joy fué comedida y ajustada a su imagen de policroma belleza ingenua. Diego Lucientes apoyó su diestra en el hombro de Lezama.

—¿A las andadas de nuevo, señor? ¿Otra vez mezclando mujeres en tu querella con Montbar?

—Ocúpate de tu hija, y déjame a mí el cuidado de mis asuntos.

—Que son míos también, porque, como tripulante del "Aquilón", no puedo admitir mancha en su sala capitana. ¿Me permites interrogar a la dama?

—Es el exacto retrato de Jeanne de Belleville, recuérdalo, estudiante[3]. Y la sonrosada flor de sus mejillas costó la vida de Jarnac. Habla cuanto quieras, pero nadie ni nada podrá torcer mi voluntad. Esta mujer quedará presa a bordo hasta que también aquí venga Liam Montbar.

—Dijisteis, señora, que vuestro sino era luctuoso, porque íbais de raptor en raptor.

—En la ciudad de Thornhope vivía yo feliz con mi tía, la dama más rica de la ciudad. Estaba yo prometida al teniente Percy Harrows, comandante militar de la ciudad. Llegó Liam Montbar diciendo que la niña era su hija, y el propio Harrows le consiguió alojamiento en casa de mi tía, mientras él buscase casa. Y allí empezó mi desgracia.

—Es una sarta de embustes del mismo calibre que el que Jeanne de Belleville nos soltó por andanadas, estudiante.

—Libre sois de creerme o no. Cualquiera de la ciudad de Thornhope os dirá si no es cierto que yo soy Pamela Joy, sobrina de la viuda Plump, vilmente asesinada por Liam Montbar para desvalijarla. Os dirá, también, si él no mató a Percy Harrows. También averiguaréis que mató al viejo Jacob Byrdham para saquearle. Y que me raptó en una lancha velera.

—¿Sí?—y el hosco semblante del Pirata Negro hízose sarcástico—. Yo conozco la fuerza de Liam Montbar, pero mal puedo figurármelo, llevando al hombro su botín, en un brazo a la criatura y venciendo vuestra resistencia con el otro. Porque vos no fuisteis de buen grado con él.



—Me ofenden vuestras chanzas...

—Me ofenden vuestras chanzas. Soy una dama inglesa.

—Una dama inglesa prefiere siempre la muerte al deshonor. Si tanto odiáis a Liam Montbar, ¿por qué seguísteis a mi lugarteniente para apresarme?

—El me prometió libertad si vos caíais preso. Y me prometió dejarme que me llevara a la inocente criaturilla.

—¡Qué patético! Me enternecéis, señora, porque me da lástima que, siendo bella, sepáis mentir tan mal. Hacedme el honor de entrar en este camarote. Es el mío, y de él no saldréis hasta que confronte vuestras declaraciones con las de Liam Montbar...

Pamela Joy no pudo velar el relámpago azul de sus ojos en súbito arranque de ira cuando pasó delante del Pirata Negro. Entró en el camarote, cuya puerta cerró Carlos Lezama.

—Yo creo, señor — comentó Diego Lucientes—, que matando a Liam Montbar, librarás de un peligro a esa dama, por librarla de un

monstruo.

—Ya corrió ella todo el peligro. Si Liam Montbar la ha dejado con vida, es porque la ama.

—Persisto en que es una mujer en peligro.

—Cierto. Es una mujer en peligro. Yo te lo puedo jurar.

Y llamando a “Piernas Largas”, el Pirata Negro le entregó la llave del camarote.

—Nadie, nadie absolutamente de a bordo entra en ese camarote, ¿me oyes, andaluz?

—Oído y fijo, señor.

—Sólo tú, para llevarle comida y bebida, cuando las pida. Tu pellejo me responde de que ella seguirá en la jaula cuando yo regrese.

—Le tengo mucha ley a mi pellejo, señor.

—Cesad de darle comida al leopardo. Quiero que sienta la mordedura del hambre.

Diego Lucientes se estremeció. El “barco de noble estructura y buen fondo” estaba de nuevo en un paso tormentoso...

CAPITULO VIII

La búsqueda

Liam Montbar pisoteó con vesánico furor los restos mortales de los cinco hombres de la escolta. Su rostro, habitualmente apacible, estaba contraído en el más espantoso de los arrebatos demoníacos.

Roque Miller, que era quien le había comunicado la nueva del rapto de Pamela Joy y la hija de Diego Lucientes, hizo una señal a los piratas que hasta allí les habían acompañado. Y supieron interpretar el significado, alejándose presurosos.

No convenía estar por los alrededores cuando Liam Montbar era presa de uno de sus ataques coléricos, y en aquellos momentos su ira tenía tales matices de locura salvaje, que el propio Miller, conocedor del carácter de su jefe, colocóse a varios pasos de distancia, presto a todo antes que ser objeto de desahogo para Liam Montbar.

El irlandés tardó en apaciguarse. Su sañudo encono contra el Pirata Negro hacíale ya de por sí sensible a la humillación de que casi ante sus ojos, frente a su galeón, del que estaba tan orgulloso, hubiese transitado su enemigo.

Y figurábaselo ostentando aquella sonrisa insolente, que había sido el inicio de la animadversión que hacia él sentía.

Pero en el aumento de su execración influía un sentimiento desconocido hasta entonces para el irlandés: un íntimo dolor ante la desaparición de la mujer a quien había llegado a amar, la mujer que, por vez primera y por sus perversas dotes, encubiertas bajo su aspecto delicado, había logrado lo que ninguna hasta entonces consiguió: Una total entrega física y anímica por parte del insensible criminal.

Lentamente, con las venas surcando hinchadamente su frente,

Liam Montbar volvióse para enfrentarse con Roque Miller, que, a varios pasos le observaba, hincados los pulgares en su cinto y con las manos cerca de las culatas.

—Es un escarnio, Miller—murmuró con voz temblorosa—. Debería diezmar a todos los que, hallándose en tierra, no supieron impedir que la raptasen.

—Ocurrió en el tiempo que dura un relámpago. Y aunque sea inoportuno al recordártelo, yo mismo te advertí que era imprudente dejar que la señora bajase a tierra.

—¿Cuántos hombres hay en la ciudad?—preguntó, de pronto, Montbar.

—Dadas las dos últimas levas, quedan los permanentes. Centenar y medio, que son los que tienen a su cargo los dos veleros de vigilancia y defensa.

—Los necesito. Tendrás que enrolarlos hasta la captura del Pirata Negro.

—Tu galeón y nuestros hombres sirven con creces para lograrlo.

—Ese pirata español es un engendro de trampas. Y quiero asegurarme de que mis ataques ocurrirán en forma aplastante, por la superioridad numérica.

Se dirigían hacia el puerto, cuando un individuo, aproximándose a Roque Miller, le susurró algo en voz baja. Roque Miller le dió varias monedas y volvióse con expresión triunfante junto a Liam Montbar.

—Ya sabemos donde se halla el Pirata Negro. Acampa en un barracón de la ribera meridional, junto a la bahía del Tritón. La recluta de cien hombres del otro día iba destinada a formar su tripulación, de la que sólo le quedaba una quincena de hombres.

Colocó Montbar los dos puños a la altura del pecho, y su voz procuraba dominar su frenesí a medida que iba dictando sus órdenes a Miller:

—A bordo del galeón, que queden veinte tripulantes. En los otros dos veleros, los maniobreros habituales. Enrola el resto. Cinco libras a cada uno ahora. Veinte cuando haya terminado el combate. A marchas forzadas a la bahía del Tritón. Le sorprenderemos por tierra.

—¿No crees que atacándolo por mar...?

—¡Es un engendro de trampas! Hay ardid en su acampamiento.

Tendrá apostada artillería o preparados brulotes que nos hundirían. Atacándolo por tierra, aprovechando esta brumosa noche, sucumbirán todos. Pero advierte que aquel que hiera de muerte al Pirata Negro, morirá. El que lo desarme o lo encadene, recibirá cien libras esterlinas.

Un cuarto de hora después, armados hasta los dientes, doscientos cincuenta piratas, divididos en cinco grupos, avanzaban apresuradamente hacia la bahía del Tritón, atravesando a lo ancho la estrecha isla.

Extendiéronse en semicírculo cuando se acercaron a la bahía que debían atacar, y cuyo emplazamiento distinguían en la brumosa noche, por el resplandor de las antorchas y linternas del barracón.

Dos grupos, por cada lado de la playa, fueron flanqueando el campamento. El último, mandado por Liam Montbar, dió la señal de ataque al irrumpir con gritos desaforados de excitación en la explanada situada frente al barracón.

Rodeada la casa de madera por todas partes y cortada la retirada al mar, Liam Montbar, haciéndose portavoz con las dos manos, gritó:

—¡Rendíos! ¡Vida salvada para los que se rindan! ¡No hay salvación si intentáis defenderos!

Pese al profundo silencio que, como respuesta, obtuvo, insistió:

—¡Entregad a vuestro jefe y partiréis libres!

Roque Miller avanzó unos pasos y señaló a Montbar un rectángulo de madera que sobresalía de un piquete clavado en el suelo.

Montbar, a la luz de una antorcha, leyó unos gruesos caracteres de letra, trazados a punta de puñal, que decían:

EN EL MAR ESTOY

Liam Montbar agarrotó las manos como si apretara un cuello ausente. Rápidamente sacó su pistola y disparó contra la madera…



...trazados a punta de puñal...

Como si aquello le hubiera calmado, dió la orden de regreso a la única ciudad habitada de la Isla de las Tortugas.

* * *

Cuando el Pirata Negro hubo encomendado a “Piernas Largas” la misión de impedir que Pamela Joy saliera del camarote, subió a cubierta, tras de invitar a Diego Lucientes a que le acompañase.

La bruma espesa y blanquecina difuminaba todos los contornos.

—Noche cómplice, estudiante. Hay en ella el celaje de un velo que permite empresas imposibles de día... Quiero pedirte una merced, y necesito tu palabra de hombre. ¿Me respondes de que, confiado a tu mando, el “Aquilón” se hundiría antes que caer en poder de Liam Montbar?

—Por descontado.

—Te dejaré cinco de mis hombres de confianza para la maniobra. Y otro por timonel. Mantendrás el “Aquilón” al pairo y presto a la huida de cualquier barco que se aproxime. La carena de mi velero es la más ligera del Caribe. Ningún barco enemigo puede darle caza. Sólo quiero que tú veles por Karmi y tu hija, y con ello tengo por seguro que el velero está fuera de todo peligro.

—Permíteme una pregunta: ¿Por qué, si dejas a bordo al andaluz, no le dejas a él el mando? Es hombre de mar...

—Quiero evitarte la tentación de dejar rienda suelta a tu desplazada galantería. Libertar a Pamela Joy sería un acto que no te perdonaría. Sé que “Piernas Largas” te matará antes que permitirte el acercarte al alcance de la cautivadora voz de la inglesa.

—Hasta tu regreso, sólo pensaré en velar por Karmi.

—Y por tu hija. No tiene culpa que tu esposa muriera al nacer ella.

—Tampoco la tiene Pamela Joy de que Montbar la raptase. Pero confío en que, suceda lo que suceda, tu alma triunfará de tus instintos.

El Pirata Negro silbó estridentemente, convocando a reunión a sus hombres.

Encaramándose de dos saltos, pisó el suelo del castillete de proa.

—Oídme todos, mis valientes. Hay un hombre en la isla que mientras siga con vida impedirá que el “Aquilón” se lance a empresas productivas. Hay un hombre cuya muerte a mis manos supondrá que este velero vuelva a ser un flotante leño de alegres bribones. Manda un galeón que es una fortaleza artillada. En el mar, por agilidad maniobrera, podríamos vencerle, pero la impaciencia corroe mi espera.

Los noventa tripulantes del velero, apiñados en la base del castillete, escuchaban en profundo silencio.

—Los piratas que ha enrolado, su propio barco y todos los bandidos de la ciudad, no me interesan. Sólo quiero apresar a Liam Montbar, el irlandés sin humanas entrañas. Tarde o temprano averiguará que he mandado construir un barracón para acampar. Tarde o temprano vendrá a estos parajes, por mar o por tierra. Ved la noche que nos rodea: es propicia a la emboscada. Es amiga del que emprenda un ataque silencioso. Menos seis hombres que designaré, los restantes nos dirigiremos por tierra a la ciudad. Si existe una posibilidad de atraer a Liam Montbar, no me avergüenza deciros que todos nosotros caeremos sobre él para arrastrarlo a mi velero. Esta es nuestra misión: cazar al reptil en su propia guarida.

La peñascosa isla era cortada por barrancadas paralelas. Cuando, tras dos horas de marcha continua, divisáronse los reflejos rojizos de las linternas colgando a proa y popa de los tres buques surtos en la bahía de la ciudad, el Pirata Negro dió la orden de alto.

Llamó a “Cien Chirlos”, mientras los restantes hombres se

sentaban entre los matorrales de la protectora barrancada, que les ocultaba a la vista de los vigías de las naves.

Desde la cima del pequeño promontorio que flanqueaba la barrancada, y detrás de un árbol, el Pirata Negro, señaló la bahía.

—Extraño es que, como siempre, no luzcan los faroles de las tabernas donde los perdularios matan la noche. Coge a tu mando cinco rufianes y dirígete a la ciudad. Procura saber qué tal reacción ha experimentado Liam Montbar al quedarse sin esposa.

Media hora después regresaba ya "Cien Chirlos", y si en la oscuridad no era visible el contento de su semblante, notábase en su voz la exultante satisfacción del hombre que "está en su día de aciertos".

Traía, arrastrándolo poco amablemente por el cuello, a un obeso y sucio individuo, de ropas en jirones y malolientes de vino.

—Ese tipejo dormitaba en una taberna. Es el que sirve las bebidas. ¿Te repito lo que me dijo o le interrogas, señor?

—Déjale que hable. Acércamelo.

"Cien Chirlos" empleó el procedimiento que consideraba más eficaz para hacer andar a un asustado prisionero y a la vez inducirle a ser elocuente.

Aplicó en la nuca del tabernero la punta de su puñal.

—¡Yo no soy de nadie!—gimió aceleradamente—. No sirvo a Montbar, ni sirvo a ningún jefe.

—Sirves vino a quien lo paga. Nada te pasará, si me dices cuanto sepas de Liam Montbar y su galeón.

—Partieron todos en busca del Pirata Negro.

—Infórmame con más detalles. Explica lo ocurrido desde que raptaron a la esposa de Liam Montbar.

—Lo contó uno de los del irlandés. Dice que Montbar machacó a taconazos los cadáveres de los que formaban la escolta, y después prometió mucho oro al que cogiera vivo al Pirata Negro. Ha enrolado a todos los hombres libres de la ciudad, para que, uniéndose a sus propios tripulantes, formen la fuerza que ha ido por tierra a la bahía del Tritón.

—Dale diez onzas de plata, guapetón—ordenó el Pirata Negro—. Y quítale el pincho del cuello. Este hombre hablará cuanto yo le pregunte. ¿Verdad, amigo? Sólo reciben muerte los que se callan al ser preguntados. Dime: ¿qué hombres hay de vigilancia en los tres

barcos?

—En los veleros, los de siempre. Veinte en cada uno. En el galeón, un turno de maniobra, o sea, quince de vela y cinco de timón, más diez artilleros repartidos entre las dos bandas.

—Dale diez onzas más, “Cien Chirlos”. Y en la ciudad, ¿cuántos hombres hay?

—Los taberneros... Hombres como yo, poco deseosos de meterse en peleas. Vendemos vino.

—Y, con buen acuerdo, os apartáis cuando los otros pelean. Apártate tú de lo que se avecina. Pues no quiero que tengas tentaciones. Si te dejo por ahí suelto, podrías, al regreso del irlandés, sentirte indiscreto. ¿Sabes nadar?

—Sí, señor. Pero no pienso traicionarte.

—Te creo sin dificultad, pero teniéndote cerca te creeré más. Lo que a mí me has vendido por veinte onzas de plata, Montbar te lo pagaría en equivalente oro. ¡”Cien Chirlos”! Sin maltratarlo, vigílalo.

“Cien Chirlos” tocó con el codo al tabernero, que se estremeció al contacto. Asintió dócilmente, dando a entender que no pensaba ser tan suicida como para intentar escaparse, no ya del jefe, sino del cicatrizado rostro, que le imponía, más que respeto, un pánico cerval.

—Escuchadme todos, mis valientes. Vamos a acometer una empresa que es un juego de niños. Habéis oído lo que este hombre ha dicho. El más torpe y gordo de los holandeses sabría en una noche como esta acercarse silenciosamente a nado a los tres bajeles. Sabría encaramarse hasta cubierta y reducir a eterno silencio a los vigilantes, sin tener que emplear la detonante pólvora. ¡Tú, “Costa Rica”!

Avanzó uno de los “antiguos” del “Aquilón”.

—Agrupa a veinticinco, y con ellos te apoderarás del velero que está a babor, por el sur, del galeón. ¡Tú, “Zumba”! Con otros veinticinco, al velero de estribor. Al hombre que dispare, ¡muerte! Aguardaréis a lanzaros a nado hasta que transcurran cinco minutos desde que yo, “Cien Chirlos” y los restantes nos hayamos dirigido al galeón. ¿Habéis comprendido?

—Sí, señor—dijeron al unísono los dos interpelados.

—Cuando el par de veleros os tenga por guarnición, ocultaréis

en la cala los cadáveres, porque, si los arrojáseis al mar, podrían, con su muda presencia y llevados por la resaca, alarmar a los que regresen. Vestiréis las ropas de los muertos, para que suban confiados a bordo los demás. En la espera, rellenaréis con azufre y pólvora y estopa mechada la Santa Bárbara, y los tambores de proa y popa. La noche y su bruma os protegerán cuando os vayáis, ya subido a bordo el último hombre. Vosotros dos, como jefes, seréis los últimos en marchar, prendiendo las tres mechas. ¿Comprendido? Es labor en que no sois primerizos.

—Se hará, señor.

—Comprendido, señor.

—Ahora, tú, "Cien Chirlos", agrupa a los no elegidos por "Zumba" y "Costa Rica", y no pierdas de vista al tabernero.

Minutos después, disgregábase la masa de hombres en tres grupos. Dos quedaron inmóviles, mientras el otro, encabezado por el Pirata Negro y "Cien Chirlos", que lanzaba ojeadas poco amenas al tabernero, se dirigieron a la orilla.

Más que ver el agua, la adivinaron por su rumor; tal era la pegajosa y húmeda espesura de la niebla tropical, producida por el intenso calor diurno.

Con el sable atravesado entre los dientes, fueron entrando uno a uno en el agua. Con brazadas lentas, la comitiva tomó por meta los dos faroles de proa y popa del galeón...

De vez en cuando, espaciadamente, desde cubierta, en los tres barcos brotaba un chorro de luz chisporroteante y caían al agua los tizones de resina.

Era la precaución rutinaria que empleaban los barcos piratas en sus anclajes por noches de bruma.

Dos sombras, pegadas al casco de proa, fueron trepando por los salientes del repujado maderamen del galeón. Otras escurridizas siluetas subían por la popa, rezumando agua, mientras otras adheríanse a los costados.

Pronto oyóse en cubierta un rumor sofocado de reprimidas exclamaciones. Brillaban tenuamente los aceros al hundirse en los sorprendidos y medio adormilados piratas.

Entrechocaron algunos sables al hallar en su mortal camino otros en apresurada defensa...

La noche, con su bruma cómplice, ayudaba a la tripulación del



“Aquilón”, convertidos primero en cautelosos nadadores y después en luchadores silenciosos.

CAPÍTULO IX

Estallidos…

Diego Lucientes cumplía lo ordenado, manteniendo al pairo el velero sin alejarse de la bahía del Tritón, protegido por la bruma.

Oyó, aislado, un disparo. Prestó oído, pero de tierra no llegó más ruido. Liam Montbar y sus hombres, invisibles en la noche, regresaban a la ciudad.

El pelirrojo descendió a la sala capitana.

—¿Echamos una partida?—propuso “Piernas Largas” sentado en el suelo y apoyada la espalda contra la puerta del camarote donde estaba encerrada Pamela Joy.

—No se me da el naipe esta noche, andaluz, ¿Por qué no subes a estirar un poco los remos a cubierta?

—Ya los tengo bien extendidos aquí —dijo con socarronería el chiclanero—. Mira mi linda cara…—añadió sonriente el feo rostro —. Si ahora me ves una nariz y unos ojos, también quiero que me los veas cuando vuelva el señor. Y quiero seguir teniendo el gaznate libre de cáñamo.

—No te entiendo.

—Los de Madrid y los de Sevilla tenemos buenas entendederas, señor bachiller. Yo no sé mucha letra, pero te “juelo”. Si a mí el jefe me dijo que nadie debía acercarse a esta puerta, a ti se refería. Y yo te estimo, madrileño, porque diste tu antebrazo por el “Aquilón”, pero cumplo lo que el señor me manda… a pistola y puñal. ¿Me entiendes ahora?

—Tan torpe no soy. Paz a tu pincho y a tu metralla. ¿Cenó la señora?

—A bordo sólo hay una señora. La esposa del jefe.

—A ella me refería.

—Ha poco salió y rebuscó en la alacena donde pusieron los frascos con leche. Llevóse uno... y me dijo que necesitábamos una cabra.

—¿Una cabra? ¿No eres tú, andaluz, el que está más chiva que la cabra montes? ¿Para qué queremos una cabra a bordo?

—¿Piensas amamantar tú mismo a tu hija?

El siempre cordial madrileño frunció el ceño.

—En tu boca no admito graznidos de ese jaez, "Piernas Largas". El crío... es un engorro que estaría mejor si no hubiera nacido.

Abrióse bruscamente la puerta del camarote de Karmi, llevando en brazos a Gaby, avanzó colérica hacia el madrileño.

—Eres para mí como un hermano, Diego. Pero si reniegas del "churumbel", te escupiré al rostro mi desprecio.

—¡Repámpanos! ¿Por qué no guardas esta fiereza para tu esposo? Debes saber, sin embargo, que si "esto" —y tendió el índice hacia la criatura—no hubiese nacido, mi esposa alegraría mi soledad. ¡Apaga las chispas de tus ojos, mujer! Déjame que me acostumbre a la idea de que yo sería un repugnante sujeto si odiara a ese inocente... chiquita. Pero, dale tiempo al tiempo... Aún no me he acostumbrado.

La zíngara sentóse junto al madrileño, tendiendo sobre su regazo el envoltorio, y al hablar pareció dirigir sus palabras al andaluz:

—Es linda y en sus ojos hay un azul cariñoso. Es dócil, y será un orgullo cuando crezca, porque será bella y buena.

Mientras hablaba, logró que la manecita de la niña, que estaba despierta, trabara contacto con la diestra colgante de Lucientes.

Los minúsculos dedos se cerraron inesperadamente alrededor del índice del mutilado, apretando en tibia cerrazón.

Diego Lucientes parpadeó y consiguió sin brusquedad zafar su dedo preso. Se levantó.

—Voy a cubierta, que es mi sitio.

Al marcharse él, Karmi besó las satinadas mejillas de Gaby Lucientes de Civry.

—Cuando yo...—se interrumpió en seco, mirando el patibulario rostro del andaluz que seguía sentado, extendidas las largas piernas.

—¿Me permites que termine tu frase, señor? Cuando tú seas madre, la felicidad reinará en el "Aquilón". Pero—y se puso serio, casi amenazador al añadir—: tiene que ser un hijo, ¿sabes?

* * *

La bruma aclarábase ligeramente, cuando Liam Montbar y sus seguidores aproximábanse a la orilla, pero la noche seguía siendo impenetrable.

Liam Montbar y Roque Miller entraron en el camarote del irlandés.

—Cuando la bruma se despeje, zarparemos en busca del "Aquilón". Sólo confío en una cosa, Miller. En que Pamela logre escapar.

—Lamento decirte, señor, que es una mujer sin astucia, o al menos sin la astucia necesaria para lograr evadirse.

—¿Por qué aceptaste venir conmigo, Miller? ¿Por qué cuando antaño atacábamos ciudades de ricos cofres, eras mi ciego servidor?

—Porque siempre he mirado tu inteligente desprecio de la vida ajena. Pero, ¿qué podrá ella hacer sola?

—Escucha, Miller: Si yo fuese mujer, yo me llamaría Pamela Joy en vez de Liam Montbar. ¿Crees que un hombre de mi carácter se hubiese enamorado de una cándida tontuela? Si aparentemente ella es así, mejor. Para que cuando vuelva a mi bordo, la respetes como a mí, te contaré quién es.

—Yo siempre te hablé claro, señor. Apresar al Pirata Negro lo lograremos..., pero aunque te hiera, debo decirte que a ella no la hallarás ya con vida.

—Yo sé dos cosas que tú ignoras: sé cuál es el verdadero carácter de Pamela y sé que el... demonio de español sólo la ha raptado para encolerizarme. Es hombre que nunca mató a una mujer, ni siquiera a las que más daño le hicieron. Una galantería que celebro, tanto como celebré la honradez del teniente Harrows. Fué el que en la ciudad de Thornhope me facilitó el alojamiento en casa de Horacia Plump, la tía de Pamela. El teniente era prometido de Pamela. Y ésta me reveló dónde guardaba su fortuna su tía, que la rodeaba de excesivos mimos. Ella acogió, sin la menor tontería desplazada, la noticia de la muerte de Harrows, su prometido, al cual maté yo. Y no es eso todo: ella me indicó que sería fácil asesinar a un viejo llamado Byrdham, que era la segunda fortuna de la ciudad, después de Horacia. Y ya ves: mi primera impresión fué la de todos. Supuse que Pamela era una cándida tontuela...

Una explosión repentina soliviantó a los dos hombres... Roque

Miller abandonó el camarote corriendo, para dirigirse al entrepuente a informarse...

Liam Montbar se puso en pie al oír otra segunda explosión, aun más fuerte... Iba hacia la puerta al oír un tercer estallido de pólvora, cuando otro estallido cercano le paralizó de estupor.

Una carcajada ronca, casi inhumana por su timbre sardónico, acababa de estallar dentro del camarote...

Volvióse frenéticamente el irlandés, disparando hacia la cortina que, colgante a un lado de las literas, había ocultado hasta entonces al Pirata Negro...

Pero Carlos Lezama, centuplicadas sus fuerzas por una cólera que nunca había sentido, y en salto que ningún hombre normal podía haber imitado, ni él mismo con ser de una elasticidad pasmosa, acababa de proyectarse hacia adelante, abatiéndose con los puños cerrados sobre el irlandés.

Las dos sienes de Liam Montbar recibieron simultáneamente el doble golpe, mientras vacilaba hacia atrás por efecto del impacto del cuerpo de su enemigo.

Exánime ante la contundente y hercúlea potencia de los dos puñetazos, quedó en el suelo tendido boca arriba...

Carlos Lezama cometió un acto que nunca en su vida había hecho.

Sus botas martillearon salvajemente los costados y el pecho del hombre sin sentido... Reía con fruición, en demoníaca risa contenida...

En la bahía hasta entonces silenciosa, parecía haber estallado repentinamente la más ruidosa de las tormentas...

En su camino hacia el entrepuente, Roque Miller le gritó a uno de los piratas que acudía a su encuentro:

—¿Quién ataca a quién?

—Yo a ti, pollino—y “Cien Chirlos”, a la vez que advertía, asestó primero un tajo de su sable al cuello del mestizo, mientras por si no bastara, redobló, hundiendo su puñal en el corazón del lugarteniente de Montbar.

El combate se había generalizado a bordo del “Invict” entre los tripulantes que defendíanse contra los ataques de otros tripulantes: los treinta y ocho hombres que el Pirata Negro había distribuido por el galeón tras apoderarse de él.

Los cañones tronaban en ambas bandas del galeón, porque al empezar los estallidos de los dos veleros, semejando cañonazos, los del galeón dirigieron sus piezas a través de la bruma contra los que presumían ser repentinos atacantes…

Se elevaban surtidores de agua, mientras penachos de humo aureolaban los truenos de las explosiones de los veleros, mientras los artilleros del galeón descargaban ciegamente sus andanadas.

Entre los violentos chasquidos sonaban gritos de dolor, pistoletazos y entrechocar de aceros.

"Cien Chirlos", en su elemento favorito, prodigaba traidores tajos, y de vez en cuando se cercioraba de que iban trepando a cubierta los hombres que habían abandonado los veleros después de dinamitarlos.

Al ver, cuando acababa de arrojar al mar un enemigo reciente, el rostro de "Zumba", comprendió que poco iba a durar ya la resistencia de los tripulantes del galeón…

Media hora después, "Cien Chirlos" alineaba a los supervivientes.

Sesenta y dos en total, cubiertos de sangre, y algunos heridos, quedaban de los hombres del Pirata Negro. El ataque, bien combinado, les había tan sólo producido diez bajas.

La cubierta del galeón rebosaba de cadáveres, que "Cien Chirlos" miró con desprecio.

—¡Al agua con todo eso!—ordenó. —Debe estar limpio este galeón cuando suba "él".

En el camarote de Liam Montbar, Carlos Lezama, con los brazos cruzados, aguardaba que el irlandés recuperara los sentidos.

Había cerrado la puerta del camarote.

Liam Montbar sacudió lentamente la cabeza y se incorporó a medias, velados los ojos por sanguinolentas estrías. Sus dientes rechinaron al mirar al que le contemplaba con los brazos cruzados, sonriendo con rictus de feroz crueldad.

—En otra ocasión como ésta, tuve ante mí a un hombre que había matado a la que iba a ser mi esposa[4] —dijo con bronco diapasón lento el Pirata Negro—. Pero era un hombre y por eso sólo le atormenté, dándole la posibilidad de luchar al hacha conmigo, porque sabía que la inutilidad de sus esfuerzos le exasperaría. Pero a ti, Liam Montbar, te reservo la muerte más deliciosa que puedes

imaginar.

Liam Montbar preparóse a levantarse... En el pecho recibió un recio botazo que le hizo caer de nuevo sobre las espaldas...

—Los reptiles no andan de pie, Montbar. Se arrastran.

El choque contra la madera pareció contribuir a despejar la cabeza del irlandés.

—¡Miller!—gritó con salvaje ansia.

Un nuevo puntapié le alcanzó en los labios...

—Tu Miller estará sirviendo de comida a los peces, Montbar. ¿Te secas los labios porque te sangran? ¿Con qué te secarás lo que te duela cuando ante tus ojos mate a Pamela Joy?

—¡Eres... el diablo en persona!— gritó empavorecido Montbar, porque los ojos del Pirata Negro despedían fulgores satánicos.

—Aun no he empezado contigo, Montbar.

Y, apoyando los dos puños en sus caderas, rió de nuevo con breves y ásperas carcajadas, sin dejar de vigilar el menor movimiento del hombre tendido a sus pies.

—¿Conque, como despedida, me preguntabas en tu carta dónde había metido mi carcajada? La tenía reservada para ti...

El irlandés, cruzando repentinamente los tobillos tras las piernas del Pirata Negro, dió un brusco tirón para derribarlo.

—Cándido truco—dijo Lezama, aplicando en salto tan repentino como el ataque sus dos tacones en el estómago del irlandés, que se encogió de dolor—. Tan cándido como el rostro de tu amada Pamela.

La rodilla del Pirata Negro trabó contacto con la mandíbula del inclinado irlandés... La excesiva rudeza del choque quitó de nuevo el sentido a Liam Montbar, que cayó tendido otra vez...

El fragor de los últimos cañonazos disparados por los artilleros del “Invict” contra los veleros que se hundían, fué menguando.

Inclinándose, con la rasgada cortina en las manos, el Pirata Negro procedió a atar los tobillos y los brazos de Liam Montbar. Tensaba tan fuertemente los nudos, que por dos veces rompió la resistente tela.

Contempló al desvanecido con sonrisa helada, inhumana.

En la puerta sonaron unas tímidas llamadas, que fueron aumentando en vigor... Liam Montbar abrió los ojos, viendo a “Cien Chirlos” entrar y erguirse frente al Pirata Negro, que no miraba a su

lugarteniente, sino que mantenía fija la mirada en el hombre atado con tanta saña, que la tela retorcida le cortaba la carne.

—Habla, guapetón.

—Los dos veleros y todos sus tripulantes están hundidos. Y he mandado barrer la cubierta de este galeón. Sólo nos mataron a diez.

—Trae las cadenillas de los culotes de los cañones. ¡Presto!

Mientras duró la ausencia de “Cien Chirlos”, Liam Montbar removióse, lívido y jadeante, bajo la impasible observación de su enemigo, que sonreía...

Habría preferido que hablara...

“Cien Chirlos” entró, portando largas cadenas de eslabones delgados.

—Compóntelas para que éste no pueda mover ni un dedo, guapetón. Te doy permiso para que no refrenes tus brutales músculos.

Varias veces gimió sordamente el irlandés, mientras “Cien Chirlos”, con deleite le convertía en un apretado amasijo de cadenas torturantes, que se le hincaban por todo el cuerpo.

Como remate a su labor, “Cien Chirlos” asestó “distraídamente” dos contundentes codazos en el rostro del prisionero.

—Traedme bebida y comida de la alacena del que era antes dueño y capitán del galeón. Y tú, “Cien Chirlos”, ocupa el puesto de mando. Que zarpe la nave con rumbo a la bahía del Tritón.

Sentóse el Pirata Negro, y poco después, mientras el galeón poníase en movimiento, en la mesa del camarote un pirata depositó una bandeja colmada de ricos manjares, que hacían compañía a un frasco de vino.

Liam Montbar, en el suelo, vió cómo el Pirata Negro, levantándose, le asía por los hombros, adosándolo contra el tabique.

—Debes presenciar la primera cena que efectúo con apetito, Montbar.

CAPÍTULO X

La fiera ahita

Contorneando el perímetro costero de la isla, el galeón acercábase a la bahía del Tritón.

En cubierta, “Cien Chirlos”, con dos antorchas, una en cada mano, dibujaba rápidos giros de contraseña, para advertir al “Aquilón” que anclase de nuevo.

En los giros luminosos había de vez en cuando una variante en forma de aspa, que repitiéndose cada seis círculos, aseguraba a Diego Lucientes que no existía engaño.

Liam Montbar mantenía cerrados los ojos para no tener que contemplar a su odiado vencedor, que más que cenar con fruición se regodeaba, masticando ruidosa y brutalmente.

—¿Oyes el choque de mis mandíbulas? Dicen que tú, el irlandés sin ningún temor cuando se trata de matar a indefensos, no quieres nunca internarte en selvas, porque las fieras te producen un pánico sin nombre. No has oído nunca las quijadas de una fiera cuando come... Yo las he visto ahitas, y se relamen los belfos sangrientos. Es espectáculo que te reservo. Pero, ¡pardiez!, habrá una variante. Oirás el ruido de las mandíbulas, aunque no podrás presenciar cómo la fiera se relame ahita...

Liam Montbar abrió repentinamente los ojos. Acababa de recordar que cuando el Pirata Negro huyó de su poder, un leopardo selvático y felino le salvó, sembrando el terror entre los piratas...

Varias sacudidas temblorosas recorrieron el cuerpo encadenado del irlandés...

Carlos Lezama no ofrecía el menor parecido con un ser humano, cuando, tras beber examinando de soslayo a su prisionero, empezó a reír con ásperas guturalidades, que a Montbar se le antojaron

preludios de rugidos...

—¿Adivinas la dulce muerte que te reservo, Montbar? Podría, como tú me prometiste, torturarte por espacio de un mes entero, hasta dejarte convertido en un tronco humano. Pero en ese mes seguirías emponzoñando el aire con tu aliento... Ya emponzoñarás el aliento cálido y generosamente hambriento de "Satán"...

—¡No!—y el chillido del irlandés fué casi femenino—. ¡Cualquier tormento prefiero a... que...!

La voz de Montbar se quebró en agudo chillido. Plasmaba la expresión del más abyecto de los pavores.

El Pirata Negro desgranó homéricas carcajadas, y al inmovilizarse el galeón, bebió una nueva copa, llena hasta los bordes.

Abrió la puerta y silbó por dos veces estridentemente y con especial modulación. Su lugarteniente acudió corriendo ruidosamente.

—¿Está el "Aquilón" a la vista?

—Anclado a veinte brazas, señor.

—Vete en busca de la inglesa y tráela aquí. Tú solo con ella. El señor Diego Lucientes no debe venir.

"Cien Chirlos" pisó la cubierta del "Aquilón" con fuerte tranco. Volvía a ser el hombre de confianza de "él", y no perdería por nada del mundo su actual situación.

Encontró a Diego Lucientes en la sala capitana, sentado junto a Karmi. "Piernas Largos" continuaba con las anchas espaldas apoyadas en la puerta del camarote.

—Felices nuevas espero, guapetón —saludó Lucientes—. ¿Y tu amo?

—Quedó a bordo del galeón capturado. Apresó al maldito irlandés... y vuelve a reír. ¡Tú, chiclanero! Abre, que tengo que llevarme a la inglesa.

El andaluz sonrió, exhibiendo sus dientes sucios. Chasqueó la lengua contra el paladar!

—Tienes golpes buenos, "compare", carota. ¡Digo! ¿Llevarte a la inglesa, no?

—Ya mismo, pollino. Y no me hagas tardar, o los golpes buenos los recibirás en las costillas—murmuró amenazador, avanzando.

El andaluz desenvainó el sable, mostrando en la otra mano su

puñal, cuya punta dirigió hacia el pecho de “Cien Chirlos”.

—Por esa puerta nadie entra, guapura almibarada, porque lo dice Curro Montoya, nacido en Chiclana.

—Y muerto en la bahía del Tritón —dijo airado “Cien Chirlos”, desenvainando—. ¡”Él” me ha nombrado su segundo otra vez! ¡Obedéceme!

Karmi se interpuse entre los dos hombres, y colocó su mano en el antebrazo del lugarteniente.

—Curro Montoya tiene razón, amigo mío. Tu amo le dijo que sólo él podría entrar aquí dentro, y nadie más.

—Y ese nadie eres tú, carota—dijo el andaluz envainando—. Tu sangre no quiero..., ni que me mates tampoco. ¿Obedeces o no a la señora?

“Cien Chirlos” vaciló y miró cohibido a Karmi.

—Se enfadará, señora, si vuelvo sin ella.

—Un jefe no puede irritarse porque cumplan sus órdenes como lo hace Curro Montoya.

—”Ezo es”. ¡Digo! ¡Ni ná, ni ná! —aprobó calurosamente “Piernas Largas”—. “Él” me dijo que de aquí nadie sacaba nada y...

—Ya te contaré un cuento cuando se acabe la faena—murmuró “Cien Chirlos” torvamente.

Atravesaba la cubierta, cuando Diego Lucientes se emparejó a su andar.

—Voy contigo.

—Dime, señor. ¿Está bien lo que ha hecho el andaluz maldito?

—Sí. No hizo más que cumplir órdenes del jefe, y no debes guardarle inquina.

—Pues no me conserves “quina” a mí, si te digo que tú no vienes conmigo, señor, porque es orden de “él”.

Y “Cien Chirlos” descendió por la escala, alejándose en vigorosos remazos.

Se presentó ante el Pirata Negro, y, con la vista baja, le relató lo sucedido. Al oír el violento taconazo de Lezama, cerró los ojos...

—Razón tiene el andaluz. Quédate aquí, guapetón, y pégate un pistoletazo si ese hombre no está contigo cuando yo vuelva.

Al marcharse su jefe, “Cien Chirlos” miró con aviesa intención al irlandés, estipulando dónde podría golpearle sin que resultaran visibles las contusiones.

—No me negaré el pistoletazo—rezongó aún airado por la “insubordinación” del andaluz—. ¡Toma para empezar, gallina!

El puntapié que Montbar recibió en un costado le hizo ladearse. Pero no sintió el dolor físico. Todo su ánimo había desaparecido y no tenía otra imagen en la mente que unas fauces de agudos colmillos abiertas en rugiente espera...

—Oye, pirata—murmuró enronquecido—. Miles de libras esterlinas para ti; una fortuna con la que nunca soñaste. Serás mi segundo; te cubriré de oro. Quítame las cadenas...

“Cien Chirlos” tiróse de las peludas cejas y rió como una gárgola cuya boca fuera un abismo.

—¿Miles de libras esterlinas, hermoso? ¡Miles de coces en los hocicos te voy yo a...!

Levantaba ya el pie, cuando se detuvo.

—No quiero “desfogarme”, porque podría matarte y entonces “él” se ofendería y yo te haría compañía en los infiernos. Pero guarda la boca quieta...

—Un cofre lleno de joyas te...

El codazo de “Cien Chirlos” hizo que la cabeza de Montbar chocase contra el tabique, y de nuevo sangraron sus tumefactos labios...

En cubierta del “Aquilón”, Diego Lucientes salió al encuentro del Pirata Negro.

—Estas horas son felices a causa de tu triunfo, señor. No las entenebrezcas haciendo lo que un caballero de tu temple no puede hacer.

El Pirata Negro dirigióse sin responder a la sala capitana. “Piernas Largas” no estaba muy convencido de cómo sería recibida su frase.

—Nadie entró, señor, porque tú mismo así lo ordenaste.

Lezama le apartó de un brusco empellón, pero su respuesta contentó al celoso guardián.

—Exageraste, chiclanero. Pero lo prefiero así. Puedo tener tanta confianza en ti como en “Cien Chirlos”.

Pamela Joy alzó las largas pestañas cuando el Pirata Negro apareció en el umbral recién abierto.

—Acompañadme, ¿queréis?

—¿Dónde?

—Donde me apetezca y mejor me plazca, Pamela Joy. Dadme el brazo, si queréis.

—No saldré voluntariamente contigo, pirata asesino.

—El asesino os espera en el galeón. Hablo de Liam Montbar.

Ella retrocedió, como fierecilla indómita, pretendiendo rebelarse, cuando el Pirata Negro la cogió de un brazo. Con la mano libre arañó la frente de Lezama, que, reuniendo las dos manos en la suya, más que acompañarla, tiró de ella hacia fuera.

Diego Lucientes se interpuso en el umbral de la sala capitana.

—No puedo consentir que...

El Pirata Negro dióle un brusco empujón... Karmi acudió corriendo y colocó sus dos manos alrededor del brazo del mutilado, que iba a desenvainar.

—¡Déjalo, Diego! ¡Si asesina mujeres no será Carlos Lezama! ¡No mueras por un pirata! Vive esperando que él será quien es...

Por cubierta, Pamela Joy, debatiéndose, seguía a rastras al Pirata Negro, que, enlazándola de pronto, la mantuvo inmóvil con un brazo contra el pecho. Y así descendió hasta la lancha, donde ya aguardaba un tripulante.

Ella, mientras la lancha se dirigía al galeón, comprendió que era inútil toda resistencia física. Prefirió emplear recursos femeninos. Dejó de forcejear y abatió los brazos en ademán de desesperación.

—Os reputaban de galante, pirata español. ¿Qué tengo yo que ver con vuestras reyertas con Liam? ¿No me basta el infortunio de haber sido raptada por él?

Carlos Lezama limitóse a sonreír, pero en su mueca había un hondo desprecio, que no pasó desapercibido a la inteligente inglesa.

Contra el costado del galeón, Lezama tendió su mano, y ella le siguió mudamente, e íntimamente intrigada.

Liam Montbar la miró fugazmente al verla entrar. Ella lanzóse de rodillas, sosteniendo entre sus brazos la cabeza del irlandés.

Pero él desasióse con un resto de energías y vomitó una sarta de obscenas imprecaciones... Acusaba a Pamela Joy de su situación...

El Pirata Negro designó a “Cien Chirlos” la puerta, y al salir el lugarteniente, cerró con la barra de hierro.

Pamela Joy levantóse con digno ademán.

—No es por cariño, que nunca te tuve, por lo que me apiadé, Liam— dijo dulcemente—. Siempre me ha apenado ver a alguien

sufrir. Por eso evité que mataras a la inocente criatura...

Miró extrañada al Pirata Negro, que lanzó una seca carcajada de burla infinita.

—Y ¿por qué no te apiadaste de Horacia Plump? ¿Por qué condujiste de la mano a ese asesino a la morada de Jacob Byrdham? ¿Por qué acogiste fríamente el asesinato de tu prometido? Tregua de falsedades, amiguita.

—¡Las falsedades son las que dices!—protestó ella con aire escandalizado—. Imagina crímenes quien entre sangre vive...

—Tu propio cómplice explicó tu talento de víbora a su segundo. Pude oírlo perfectamente. Pero no se trata de eso. Mírala, Montbar. ¿No era tu amor?

Liam Montbar no contestó. Volvía a ver en el aire unas fauces abiertas, de erizados mostachos y pupilas sanguinolentas...

—¿Qué pretendes, pirata? ¿Cuánto pides por nuestro rescate?

—Poco. Tu vida primero ante sus ojos...

Ella corrió a parapetarse tras la mesa del camarote. Asió un frasco que lanzó contra Lezama. Los cristales estallaron contra el tabique y el vino inundó el rostro de Liam Montbar.

La fuente de plata, con todo su peso, siguió el mismo camino. La recogió en el aire Lezama. Sonreía cruelmente...

—Es deliciosa tu esposa, Montbar. Más valiente que tú. Casi me apena matarla, pero hay tres cadáveres que también la creían deliciosamente ingenua y honesta, sin sospechar el monstruo de maldad que en ella había.

Pamela Joy volvió a arrodillarse junto a Liam Montbar.

—Moriremos juntos, Liam. Pero vuelve a mirarme valientemente. Afronta conmigo lo que haya de suceder...

Y repentinamente se levantó, lanzando el puñal que acababa de quitarle al irlandés encadenado. Vibrando, el puñal se hincó en el hombro del Pirata Negro, que, pese a su salto de costado, no pudo evitar el ataque.

Ella abalanzóse, creyendo haberle herido mortalmente. Sin quitarse el puñal, el Pirata Negro la enlazó por las dos muñecas que iban a golpearle, y prestamente la maniató con trenzas de tela preparadas al efecto.

La tendió junto al irlandés, y sólo entonces arrancó el puñal de su herida. Miró la sangre goteante casi con deleite...

—Antes eras tú quien matabas a tus mujeres, Montbar. Tu arma debe, pues, servir para lo mismo.

Alzó el puñal lentamente, asiendo por las maniatadas muñecas a Pamela Joy, que prorrumpió en gritos de súplica.

Liam Montbar gritó salvajamente, y en aquella cacofonía de gritos, el Pirata Negro sintió ascender por sus venas un ardor criminal.

Su diestra armada se abatió bestialmente...

La expresión de pavor de Pamela Joy, sus ojos abiertos hasta el desorbitamiento, su tez blanca y sonrosada...

El puñal cayó al suelo, en brusco desvío de la mano del Pirata Negro, que ya casi había rozado el seno femenino para sepultar en él la muerte que había decidido dar, para sufrimiento moral de Liam Montbar.

Volvióse de espaldas el Pirata Negro, y por unos instantes contempló sus manos temblorosas. Las pasó por sus sienes...

Anduvo hacia la puerta, que abrió de par en par. "Cien Chirlos" le miró interrogante...

—Desátala, "Cien Chirlos".

El lugarteniente, con el mismo puñal que yacía junto a Pamela, sangrante la hoja de la herida que había ocasionado al Pirata Negro, cortó las ligaduras de la mujer, a la que ayudó a ponerse en pie, sin dejar de mantenerla sujeta.

Viendo el rostro bestialmente horrendo de "Cien Chirlos", Pamela Joy se estremeció aterrorizada.

—¡Prefiero la muerte!—gritó suplicante.

—Acompáñala a tierra en la lancha, "Cien Chirlos".

Aquello significaba la libertad para la perversa inglesa, pero en su mente criminal creyó otra cosa. Frenética, volvió a gritar:

—¡Antes la muerte quiero de tus manos, pirata! Todo menos ir acompañada de ese monstruo.

—Esos dos monstruos sois tú y el irlandés. Ese hombre que te sujeta tiene alma, y en medio de su aspecto hay una luz de bondad humana. Debería yo matarte sin el menor escrúpulo porque sería una obra de justicia. Pero dejo a la Providencia que sea quien tus crímenes castigue.

Y volviéndose a mirar al ceñudo "Cien Chirlos", le sonrió:

—No sabemos matar mujeres, guapetón. Y es lástima, porque si

hay hembra que merece muerte, ahí la tienes... Pero nacimos españoles. Llévala a la borda y... ¡échala al agua! Si no sabe nadar, aprenderá por el camino...

Pamela Joy miró al Pirata Negro con asombro. Pero ya “Cien Chirlos”, con un rudo tirón, la sacaba del camarote. Mientras la arrastraba hacia la borda. murmuraba:

—¿Yo monstruo, eh, bellacona? Suerte tienes que “él” es todo un santo de los que yo adoro...

La levantó en vilo por encima de su cabeza y con vigoroso impulso la lanzó al agua. Las livideces del amanecer, despejando la bruma, le permitieron ver cómo la inglesa, despojándose de sus incómodas vestiduras, se dirigía nadando expertamente hacia la playa.

—¡Maldita sea!—rugió “Cien Chirlos”—. ¡Sabe nadar la pécora!

Acarició la culata de su pistola, meditando si no convendría disparar, pero, en evitación de hacerlo, volvió a descender rápidamente a montar guardia ante la puerta del camarote.

Oyó unos sollozos suplicantes y la voz del irlandés quebrada por el llanto que decía:

—Eres generoso. Lo fuiste con ella..., que no lo merecía... Dame vida salva, y...

La brusca interrupción de las palabras abyectas de súplica alegraron a “Cien Chirlos”, porque supo interpretar la causa de la mudez, al oír el chasquido de un manotazo.

—¡Asco me das!—rugió el Pirata Negro, tras propinar en la boca del irlandés un revés furioso—. Ni la mujerzuela más vil se comporta como tú. ¿No la viste a ella? Era un monstruo bello, pero sabía hacer frente a la muerte que no quise darle, porque yo..., ¡mírame bien!..., yo mato de frente a quien lucha y es hombre. A ti...—escupió el rostro del irlandés —...a ti te reservo muerte a tu medida, porque no puedo mancharme las manos con tu veneno.

Los dos silbidos alertaron a “Cien Chirlos”, que entró presuroso al serle abierta la puerta.

—¡Carga con ese fardo de temblores, guapetón! “Satán” lo espera a mi bordo.

Empuñó “Cien Chirlos” al irlandés por el cuello y las rodillas y lo atravesó sobre sus hombros. Levantóse con esfuerzo por la corpulencia de Liam Montbar...

En la lancha, camino del velero, Liam Montbar atravesado en los hombros del lugarteniente, sollozó:

—¡Piedad, Lezama! Seré tu esclavo, te…

La frente de “Cien Chirlos” proyectóse hacia adelante, chocando contra la boca del irlandés.

—¡Calla! — ordenó ferozmente—. Sólo hablarás cuando mi amo te pregunte.

En cubierta del “Aquilón” resonaron los rugidos del hambriento leopardo. Liam Montbar, sobre los hombros de “Cien Chirlos”, convirtióse en un flácido cobarde des mayado…

El Pirata Negro encaramóse en el castillete de proa y silbó “reunión general”.

—Escuchadme todos, hombres del “Aquilón”. Siempre ha sido mi ley la de que al peor de nuestros enemigos, si hombre es se le dé posibilidades de defenderse, o si no lo merece, que sea ahorcado. Pero el prisionero que mi segundo soporta, es un engendro como nunca la historia del bandidaje ha conocido. Toda su vida ha sido dedicada a matar. Matar sin ofensa; matar a quienes nada tuvieron que ver con él…

El Pirata Negro se inclinó sobre el reborde y sus ojos llamearon.

—Años y años deseé hallar un afecto puro, de esos que hacen de nosotros seres nuevos, sin ponzoña. Hallé a mis padres… ¡y este hombre los mató!

“Cien Chirlos” “reanimó” su carga mordiéndole ferozmente en el cuello. Liam Montbar dejó oír su voz quejumbrosa pidiendo merced…

—¿Lo oís? Suplica, impetra, invoca. Quizás si, como otros de mis enemigos, hubiera sabido afrontar en pie y valientemente mi triunfo, le hubiera dado ocasión para luchar. Así, convertido en un miserable llorón, sólo náuseas me produce… Id todos al sollado ciego… Formad en triple hilera desde la cubierta del sollado hasta la borda.

Todos a una obedecieron, formando un pasadizo humano desde el lugar donde rugía “Satán” hasta la borda…

—¡Desenvainad!

En el amanecer rebrillaron los aceros…

—Que os sirvan para azuzar a la fiera ahita, cuando saliendo vuelva a su selva. ¡Cien Chirlos! Acompaña a Liam Montbar, el

reptil sin entrañas, hasta su destino.

Liam Montbar, al ser descargado al suelo por el lugarteniente, se arrodilló avanzando así hacia el Pirata Negro, que lo apartó de un puntapié.

“Cien Chirlos” sacó su puñal y lo aplicó en la cintura del irlandés.

Carlos Lezama, al llegar al sollado, apuñeó la cubierta bajo la que el leopardo gruñía sordamente.

—¡Traedlo!

“Cien Chirlos”, a puñetazos en el cuello y pinchazos en las posaderas, condujo a Liam Montbar junto al Pirata Negro.

En un último sobresalto de energía desesperada ante la muerte que le esperaba, enlazóse el irlandés a su enemigo.

Con una mano abrió Lezama la madera que cubría el sollado y con rudo empujón apartó a Liam Montbar, que cayó de espaldas sobre la abertura. Manoteó en el aire intentando recuperar el equilibrio...

Una zarpa ansiosa le desgarró el hombro, y atraído, como succionado por una fuerza impetuosa, desapareció Liam Montbar...

Cerró el Pirata Negro y sólo se oyeron gruñidos y gritos infrahumanos. Cesaron los gritos, y el Pirata Negro, cruzado de brazos, exhaló un hondo aliento...

—¡Abre, “Cien Chirlos”! ¡Vosotros! Azuzad a “Satán” si os ataca..., aunque ya él y yo estamos ahitos...

El leopardo, en elástico salto, apareció sobre cubierta. Cayó entre la triple hilera de hombres que avanzaban sus aceros... Reculó, latigueándose los flancos con la larga cola...

De sus belfos goteaba la sangre... Gruñó amenazador, y de pronto, en elástico distender, atravesó la borda, y el agua reprodujo el eco de sus poderosos zarpazos hacia tierra...

Cuando, rezumando salobres gotitas, pisó la arena, lanzó un estentóreo rugido. Ya no era el cachorro domesticado. Era la fiera libre...

Internóse en la selva, y, de pronto, agazapó las orejas y encorvóse. Una mujer, de ojos azules dilatados por el pavor, corría hacia atrás gritando roncamente...

El leopardo relamióse lentamente, presto a saltar sobre la inesperada fierecilla blanca desconocida...

Y Pamela Joy, al caer bajo el primer zarpazo, murió despedazada maldiciendo de Liam Montbar…

Epílogo

Cuando “Satán” lanzó desde la playa su rugido de libertad, el Pirata Negro llamó a “Piernas Largas”.

—”Cien Chirlos” queda definitivamente mi segundo. Tú, con la mitad de los hombres que él haya dejado, después de escoger, pasarás a ser segundo del señor Diego Lucientes, para quien es el galeón “Invict”. Te ocuparás, con tu tripulación, de que el “Invict” pierda su aspecto inglés, transformando sus escotas y sus pinturas.

En la sala capitana, Karmi y Diego Lucientes vieron entrar al Pirata Negro. En sus rostros adivinábase una honda zozobra...

Y sintiéronse renacer, cuando en los labios del Pirata Negro se dibujó una tenue sonrisa, sin sarcasmo, sin odio, sin crueldad...

—Quedó la fiera en la selva... ya ahita.

—¿La... inglesa, señor? — inquirió Lucientes cohibido.

—No pude, “Medio Brazo”. Nadando volvió a la isla. Entre bandidos encontrará la muerte que se merece —y sin mirar a su esposa, cogió de un hombro al estudiante—. Oye, estudiante: tengo un galeón y tú vas a mandarlo. Juntos navegaremos... Pero tú tienes una hija y yo una esposa. Ven a cubierta, quiero hablarte.

Karmi levantóse impetuosamente y corrió a encerrarse en su camarote. El Pirata Negro sonrió con su antigua alegría.

—Ella es lo único que me queda, Diego Lucientes, con tu amistad. Me perdonará—y enlazando su brazo al del mutilado, subió a cubierta—. ¿Ves qué arrogante es la nave? Y tiene aspecto de honesto barco mercante, aunque esté artillado para defenderse de piratas. Tú eres padre... y yo quiero serlo, señor Diego Lucientes. Arriaremos los pabellones piratas. Hay en la zona de Nueva Inglaterra dinero a ganar mercando productos que tienen buena compra. Y ahora.. ¡Vete a tu bordo, señor Diego Lucientes! ¡Mi

esposa me espera!..., y tú eres hombre discreto y de mucho mundo, que sabes comprender que ahora tu presencia es intempestiva.

Diego Lucientes sonrió con profunda alegría.

—¿Me permites, señor Carlos Lezama? Quisiera abrazarte... porque... ¡porque sí!

Fundidos en estrecho abrazo quedaron los dos piratas. Al separarse, sonrió Lezama.

—Tú, el hombre elocuente, careces ahora de charlatanería. Hasta pronto. Zarparemos juntos cuando estén terminadas las obras de modificación de tu galeón.

—Tu galeón, señor—rectificó el estudiante, disponiéndose a bajar la escalera.

—No. Es mi obsequio de mi última, rapiña. Te lo doy porque fuiste la perenne voz de mi conciencia... exponiendo en ello tu vida, porque la fiera no estaba saciada. ¿Dónde vas?

—¿No me ordenaste fuera al galeón?

—Sí. Pero te olvidas de algo que te pertenece: Gaby.

“Piernas Largas” que oía el diálogo desapareció corriendo.

El estudiante encogió los hombros.

—No puedo... aun quererla, señor Lezama. Además, ¡repámpanos!, no entiendo de mocosuelas...

—Aprende.

“Piernas Largas” apareció, aguantando al extremo de sus brazos el pequeño envoltorio gimiente, como si llevara algo que iba a estallar.

El Pirata Negro cogió a Gaby Lucientes de Civry. Si bien torpemente, fué con delicadeza cómo rozó la pequeña mejilla con su bigote. Tendió la criatura al padre, que aun más torpemente la sostuvo contra su pecho.

Y mientras la lancha se dirigía al galeón, sintió el Pirata Negro una extraña humedad en los ojos, contemplando la rígida y envarada figura del estudiante, que no quería mirar a su hija...

* * *

El Pirata Negro repiqueteó primero con suavidad sobre la puerta cerrada del camarote. Después aumentó la intensidad de sus llamadas.

Pero la puerta no se abrió. Sentóse el Pirata Negro ante ella, en un escabel, cruzados los brazos.

Furtivamente, la puerta se entreabrió y asomó cautelosamente la cabeza Karmi…, que volvió a cerrar furiosamente al ver la sonrisa del Pirata Negro…

Pasaron minutos eternos… Volvió a llamar el Pirata Negro, y la zíngara abrió con gesto displicente.

—¿Queréis algo, señor?

—Pediros perdón, mi señora.

—Nada quiero perdonaros, ni nada quiero oír.

—No sé suplicar, Karmi—habló con cálida voz Lezama—. Pero ahora tengo que hincar la rodilla ante ti, porque si esquiva te muestras, en tu razón estás.

Dobló Carlos Lezama la rodilla y cogió una de las temblorosas manos de la zíngara.

—Seguían sin vengar mis padres, Karmi. Amarte era un insulto a la memoria de ellos… mientras su asesino en vida siguiera. ¿Crees que no he sufrido viéndote sufrir? Arañazos llevo en el alma, que son los que duelen, no como este hombro que…

Ella hincóse de rodillas y sus manos se posaron en el hombro herido. Frente a frente los dos rostros, una lágrima perló en las pestañas de la zíngara… Y la sonrisa de Lezama fué dicha al ver el brusco sollozo con que ella se le abrazó convulsivamente…

Y al atento oído fué vertiendo Lezama todos su recónditos anhelos de hogar, paz y cariño.

—…navegará mi barco alegremente, porque ya no habrá más combates que los que no podamos evitar contra quien pretenda entorpecer nuestra ruta de mercaderes. Y tú reinarás a bordo… porque eres mi amor, eres lo único que, con la amistad del estudiante, tengo como bálsamo…

* * *

"Piernas Largas", desde la playa, activaba a los que transportaban maderos para el arreglo del galeón.

Sonrió receloso al acercarse a él "Cien Chirlos", contoneándose amenazador.

—Hola, andaluz. ¿Conque eres segundo del señor Lucientes, eh? Tenemos pendiente un asuntillo… ¿Tienes tiempo ahora para partirte los hocicos conmigo?

—Hocicos los tuyos, carota. Que mi rostro es el sueño de todas las mujeres. Pero no puedo pelear. Estoy de servicio, ¿no lo ves?

—Bueno. Las órdenes son órdenes. Lo dejaremos para otra ocasión.

—Oye, tú estás libre, ¿no? ¿Por qué no me haces un favor?

—¿A ti? Antes me desnuco contra una peña.

—Algo parecido voy a pedirte. Que te desnuques contra una peña. Pero a favor del señor Lucientes. Necesita una cabra montés.

"Cien Chirlos" soltó varios tacos seguidos, frunciendo en torvo ceño el peludo y cicatrizado rostro.

—¿Guasitas, eh? Me hablas de cabras porque sabes que no te voy a tocar, ya que estás de servicio. Pero añado la cabra a lo de la insubordinación.

—Eres bruto como el más bruto de los que son brutos—dijo admirativamente el andaluz—. Escucha, zopenco: la "peque" que es hija de mi señor, ¿crees que come tasajo y bebe tinto peleón?

Dióse una palmada en la frente "Cien Chirlos", capaz de derribar a un toro. Acababa de comprender...

Cuando media hora después, en jirones su ropa y lleno de tierra, traía arrastrándola por los cuernos a una cabra montés, que se defendía balando angustiosamente, "Piernas Largas" le palmoteó el hombro.

—Muchas cabras hay en la isla, so bruto, pero pillar una, sólo lo podías conseguir tú sin darle tiro o puñalada. ¿Cómo lo hiciste?

—Pensé que eras tú, y del salto que le di encima, se quedó la cabra sin resuello. Pero conste que ha sido por tu señor, no por ti.

—Por la "peque". Meteré al animalejo ese en un sollado y la ordeñaré yo mismo. Reventará de hierba y sal, y así su leche será espumosa y calentita y la niña crecerá fuerte y bonita.

"Cien Chirlos" aprobó con grave cabezada.

—En el fondo, andaluz, tienes talento. ¡Lástima que seas tan... eso que dice "él"..., tan "insorlente"!

* * *

Diego Lucientes contempló cómo "Piernas Largas" traía leche recién ordeñada y la vertía en una botella, en cuyo gollete había colado un dedo de guante agujereado.

—Tú mismo, andaluz dale el chupete ese.

Fingió no mirar, mientras "Piernas Largas" aplicaba en los labios de la niña el dedo de guante que rezumaba leche.

—"Pá" vos, señorita... "Pá" el nardo más juncal de todos los

jardines... Tome usía la lechecita... y se pondrá bonitilla... ¡Ole! ¿Pues no bebe como un pirata borracho? ¡"Por mi zalú"! Linda, linda...

—Cierra el pico, chiclanero... ¡maldita sea! ¿De cuándo acá eres tú nodriza boba? Estás soltando una sarta de disparates que te sientan como a un Cristo un par de pistolas...

Enmudeció el andaluz, sin rencor. Conocía la tragedia del nacimiento de la criatura que ahora succionaba ávidamente, pataleando...

Cuando se marchó el andaluz, la pequeña, tendida sobre la mesa del camarote de Diego Lucientes, pareció removerse como buscando mejor acomodo entre las pieles.

—¿Qué quieres ahora? ¿Qué te cante yo la "nana", maldita sea?

Y el estudiante levantóse, paseando por el camarote. Un débil llanto le llenó de irritación.

—¡Valiente lío! Estos berridos me van a dar buenas serenatas nocturnas.

Acercóse a la niña que lloraba estrepitosamente. La contempló ceñudo.

—¿No te bastó con matarla? ¿Quieres matarme a mí de insomnio? Sigue llorando y te vas a ir con la cabra a pastar juntas...

Y para puntuar su amenaza, Diego Lucientes hincó su índice en el vientrecito agitado por espasmódicos sollozos.

Dos manecitas agarraron fuertemente el índice... y cesó el llanto.

Refrenando su primer impulso, Diego Lucientes dejó su dedo preso. Miró a su alrededor, por si alguien le podía ver...

Gaby Lucientes de Civry cerró los ojos, y su respiración acompasada iba repercutiendo en el índice que aprisionaba fuertemente...

Diego Lucientes volvió a mirar a su alrededor, y, seguro de que estaba solo en su camarote, se inclinó.

Primero rozó con gesto avinagrado el rostro diminuto... En los mórbidos labios infantiles una leve mueca se dibujó: Gaby sonreía en sueños...

Y un repentino nudo se formó en la garganta del estudiante madrileño, que con sonrisa conmovida dejó unos instantes sus labios pegados a la tibia carita...

Cuando su índice quedó libre, cogió con la punta de los dedos la

piel que había resbalado y cubrió el cuerpecito.

Salió andando sobre la punta de los pies, y así llegó junto a "Piernas Largas".

—¿Duerme, sabes?—bisbiseó—. Y... me enseñarás a decirle tonterías de esas que por lo visto la hacen comer... Al fin y al cabo, la pequeñuela, pobrecilla..., pues..., ¡relámpagos, es mi hija!



Notas

[1] Ver *Noches fantasmales*. <<

[2] Ver *Los tres espadachines*. <<

[3] Ver *Los mendigos del mar*. < <

[4] Ver *La carabela de la muerte*.< <